



INSTRUCCIONES DE CAPÍTULO – AÑO 1872

Como se anunció en la introducción al volumen anterior

(Capítulos inéditos de Madre María Eugenia de Jesús entre 1845 y 1871), en este segundo volumen se inicia una serie que comprende la reedición de los Capítulos ya impresos, con la inclusión, en su lugar, de temas inéditos de esos mismos años.

Agrupamos aquí los Capítulos de 1872 a 1876. En el conjunto fueron elaborados a partir de las notas tomadas oralmente, en varios cuadernos, cuadernos (serie MO1 G) que han sido revisados en paralelo, a fin de determinar, con la mayor exactitud posible, la lista y el texto. En general, los textos son similares, pero algunos difieren en el estilo y la estructura de las frases. Así que tuvimos que elegir. Algunos fueron revisados o corregidos por la misma Madre María Eugenia, y se indica.

Para facilitar la lectura, se han introducido algunas modificaciones en la puntuación o en el vocabulario y, en este último caso, se indican con una nota.

En general, las citas de la Biblia, con sus referencias, siguen la traducción litúrgica actual. A veces hemos recurrido a la Vulgata para que se ajuste más al pensamiento de Madre María Eugenia.

Este trabajo de revisión y transcripción, con esquemas cronológicos presentados, pretenden un mejor conocimiento del pensamiento de Madre María Eugenia sobre la Congregación, en medio de los acontecimientos de su tiempo.

Una mirada sobre la historia anterior ayudará a comprender el clima de ciertos Capítulos.

El año 1870 se celebró el Concilio Vaticano primero y la proclamación del dogma de la infalibilidad papal, en julio. En septiembre, las tropas italianas invadieron Roma. El Papa, despojado de su Estado, se considera prisionero en el Vaticano. Por tanto, la cristiandad ve en él a un mártir y su prestigio aumenta entre los fieles.

Por otro lado, la guerra franco-prusiana de 1870 y la caída del Imperio, seguido por el asedio y la Comuna de París en 1871, implantó en Francia un clima de violencia, de miseria y de miedo.

La "semana sangrienta" de mayo de 1871 fue testigo de la ejecución de 480 rehenes, entre ellos el arzobispo de París, monseñor Darboy. La represión fue caracterizada por numerosas ejecuciones y deportaciones. Se decreta, en agosto de 1871, la República, para tratar de reorganizar la Francia derrotada.

El año 1872 se abre en un clima de inquietud para el país y para la Iglesia. Las obras de Notre-Dame de Salut quieren responder a la "creciente impiedad" y restaurar el Reino de Dios en la sociedad. La oración se orienta a la reparación. Y los capítulos de Madre Maria Eugenia, con su estilo propio, contienen, año tras año, una enseñanza que aún nos concierne.
Sr Thérèse-Maylis.

Archivera.

2002-2005

Nota sobre los capítulos 1872-1876

Año 1872: 13 Capítulos ya editados y 12 Capítulos inéditos

Año 1873: 25 Capítulos ya editados y solo uno inédito, el del 20 de abril.

Año 1874: 24 Capítulos ya editados; ninguno inédito.

Año 1875: 22 Capítulos ya editados, varios de los cuales han sido corregidos por Madre María Eugenia; un Capítulo inédito, el del 21 de noviembre.

Año 1876: 25 Capítulos editados, uno de los cuales, el del 30 de enero, fue corregido por Madre María Eugenia; 7 capítulos inéditos.

AÑO 1872

24 de enero: En Auteuil, fundación de la Asociación Notre-Dame de Salut (Padre Picard, Padre Vincent de Paul Bailly, Madre María Eugenia, un grupo de Señoras).

• Ese mismo año, el padre Vincent de Paul Bailly, con el apoyo de la Madre María Eugenia, funda la "Oeuvre des Institutrices", para "formar el núcleo de una liga católica de profesores laicos, dedicados a la enseñanza y decididos a continuar el trabajo en caso de expulsión de las Congregaciones de enseñanza"

• 7 de marzo - 15 de abril: estancia del Padre d'Alzon en París.

• 2 de mayo: Madre María Eugenia visita Lyon, Niza, Nimes.

• 6 de mayo: Madre María Eugenia se encuentra con el Padre d'Alzon en Niza. Lo verá más tarde en Nimes.

. del 14 al 22 de mayo: Novena de la adoración reparadora. (Los comuneros entraron en Auteuil el 13 de mayo de 1871 y permanecieron allí hasta el 21 de mayo, cuando llegaron "los de Versailles").

• 3 de junio: Regreso de la Madre María Eugenia.

Regresos sucesivos de las Hermanas del Noviciado que, después de Suiza, pasaron un año en Niza: del 8 de abril de 1871 al 4 de mayo de 1872.

• 10 de junio: Regresa Madre Teresa Emmanuel.

• 20 de julio - 8 de agosto: Estancia de la Madre María Eugenia en Ems. A su regreso, se detiene en Sedan y Reims.

• 17-25 de agosto: En Auteuil, retiro de la Comunidad, predicado por el P. d'Alzon.

• 26 de agosto: visita a Auteuil de una religiosa de la Congregación de Marie-Joseph, curada por intercesión del Padre Olivaint, mártir de la Comuna.

• Agosto: Primera peregrinación nacional a La Salette, bajo la dirección del Padre Picard.

7-11 de septiembre: Madre María Eugenia está en Saint-Dizier donde se encuentra con el obispo de Nancy: dos religiosas, rompiendo con su Congregación y salidas de un convento de París, tomaron el nombre de "Religiosas de la Asunción" y fundaron un pequeño internado.

Esta situación crea confusión; la Madre María Eugenia pide al obispo que cambie el nombre de estas hermanas y de su institución.

- 29 de septiembre: Capítulo sobre "El respeto a Dios". Se tomó la decisión de recopilar de ahora en adelante las instrucciones de la Madre María Eugenia.

- 30 de septiembre - 7 de octubre: viaje a Poitiers (encuentro con Mons. Pie y Mons. Gay) y Burdeos.

7 de enero de 1872.

Renovación al comienzo del año

Queridas hijas,

La Iglesia, a principios de año, nos ofrece una reflexión sobre los misterios de la infancia de Jesús. La alegría marca estas fiestas y en todas partes comenzamos el año con alegría, es una renovación de las realidades humanas. También convendría que fuera para nosotras una renovación de las cosas divinas.

Si hacemos una pequeña revisión interior, nos damos cuenta de que caemos en faltas de orgullo, de impaciencia, de susceptibilidad, en faltas a la obediencia, etc.

Por eso, a principios de año, deberíamos tomar una decisión firme para luchar contra una de nuestras faltas. Pero ¿cuál? La que más se nos reprocha,¹ la que conocemos que afecta más al prójimo. San Ignacio es quien nos lo recomienda: quiere que tratemos de adquirir la virtud contraria al defecto que más desentona, que no es edificante para nuestras hermanas, niñas e incluso para personas laicas. A menudo ellos se sorprenden al ver tal cosa en una religiosa. Si la palabra de alguien cercano no nos lo comunica, aún nos quedaría la de nuestros superiores.

Pero, ¿tienes que tener cincuenta años para creer que primero debes corregir lo que otros encuentran mal en nosotras! Los jóvenes piensan, "¡Oh! me conozco perfectamente. Lo que más necesito es tal cosa". Muy a menudo se equivocan.

A veces, una persona vivaz, brusca y colérica, a quien se le reprocha este defecto, tendrá otro atractivo (de modo) muy distinto y os dirá: "¡Ah! si tuviera el espíritu de recogimiento, ¡eso me bastaría!". El espíritu de recogimiento es algo muy bueno, es cierto; pero creed entonces lo que os dicen, la corrección de tal defecto es lo mejor para vosotras.

Si de una confesión a otra nos propusiéramos luchar contra este defecto, si estuviéramos más atentas, si fuéramos más fieles a la oración, a recurrir a nuestro Señor, evitaríamos volver a caer. Entonces, la inclinación se debilitaría más y terminaríamos abandonándola por completo y, como resultado, podríamos emprender otra lucha.

Pero no avanzamos aun cuando hacemos únicamente un esfuerzo durante ocho días, sí, ocho días después, nos dejamos llevar por lo que la naturaleza nos pide. Tratemos de luchar incansablemente para llegar a la perfección. El autor de la Imitación ² dice que, si erradicáramos un defecto por año, pronto seríamos perfectos.

1. Vox populi: expresión actual, utilizada por la madre Maria-Eugenia, que significa aquí "Opinión general" y traducido por "sobre".

2. Imitación de Cristo. Libro 1. Cap 11, 5

21 de enero de 1872.

La vida de Jesús en nosotras

Queridas hijas,

Me gustaría hablaros sobre la devoción al santo nombre de Jesús, que se desprende de la devoción constante que tenemos a la santa humanidad de nuestro Señor.

De hecho, todas nuestras oraciones, todas nuestras meditaciones, todos nuestros pensamientos giran en torno a los misterios de la santa humanidad de nuestro Señor, a su encarnación, a su nacimiento, a su santa infancia, a la huida a Egipto, a su vida oculta, a su vida pública, y también a su pasión y muerte. La santa humanidad de Jesucristo nos acerca a Dios. Y únicamente por ella son posibles las relaciones entre Dios y nosotros.

Ahora bien, sabéis cuál es la doctrina con relación a este misterio: sabéis que Jesucristo, que posee la naturaleza divina y humana, sin embargo, no tiene un ego humano. Tiene un alma perfectamente humana con su inteligencia y su voluntad, y también un cuerpo para sufrir; pero no tiene otra personalidad más que la del Verbo, la santa humanidad siguiendo los movimientos impresos por la divinidad.

Me gustaría, queridas hijas, que entraseis más profundamente en la intimidad de este misterio, cuyo conocimiento nos ayudará más a ser semejantes a nuestro Señor; porque nosotros los cristianos, santificados por el bautismo, tenemos la gracia: la gracia es una participación de la vida de Dios, del Dios que vive en nosotros. También los Padres han comparado al cristiano con una vela: la cera es el cuerpo; el alma, la mecha; y el Espíritu Santo, la llama.

Queridas hijas, no solo hemos recibido el bautismo, sino que hemos recibido la comunión, comulgamos muy a menudo. Cuando Jesucristo entra en nuestra alma, en el momento de la comunión, está allí personal, real, sustancialmente y luego deja algo de sí mismo en nosotras. Así como dos ceras fundidas adquieren las propiedades la una de la otra, algo de Dios se mezcla con nosotras, nos cambia, nos transforma, nos deifica.

Ahora bien, debemos estar frente a Dios viviendo en nosotros, como la humanidad santa frente a la divinidad. Esta es la finalidad de la unión que Dios contrae con nosotros a través de la Sagrada Comunión. Al vivir de la vida misma de Dios, el cristiano debe hacerse uno con él en los pensamientos, sentimientos y afectos. Podemos entender algo de esta transformación, de este consumirnos nosotros mismos en Dios, por los efectos que podemos constatar.

Así sabemos cuáles son los efectos del pecado original: la ignorancia de la mente, el corazón sujeto a las malas pasiones, la voluntad impulsada al mal, la carne que se rebela. Todos tenemos ciertos defectos particulares que debemos combatir: para algunos, es el orgullo; para otros, la impaciencia; pero, como todos sabemos, ciertos vicios ya no tienen o casi no tienen raíz en nuestro corazón; por

ejemplo, la avaricia. Ninguna de nosotras tiene un grandísimo deseo de amasar, de poseer riquezas. Hay todavía otros vicios que no se pueden nombrar en la asamblea de los santos³, lo que basta para expresar que nos inspiran un horror extremo. ¿De dónde viene, si no es de Jesucristo que vive en nosotros, ¿quién nos inspiró sentimientos contrarios a estos vicios? Pero tal vez me digas: "Tenía estas buenas inclinaciones cuando era pequeña". Estoy de acuerdo, pero es porque naciste de padres fieles. Tu madre, tu abuela, estaban unidas, y el germen de vida que te fue comunicado, la sangre con la que fuiste formada, había sido santificada por el contacto con la carne inmaculada de Jesucristo. Entonces recibiste bendiciones. Has estado rodeada de objetos benditos que te han preservado, incluso antes de que estuvieras con Dios de una manera especial. ¡Cuántas gracias en tu vida, sin mencionar los sacramentos donde habéis podido percibir los efectos de la vida de Jesucristo en vosotras!

3. Ef. 5,3

Hacer bien los recreos. La obediencia

Queridas hijas,

Hoy seré muy breve; solo quiero hacer algunas recomendaciones sobre la obediencia. Me gustaría que fuerais muy religiosas en el recreo. Tal vez haya un poco de relajación desde un tiempo acá. Creo que se podría evitar ese alboroto al comienzo del recreo.

A veces, en otras comunidades, la animación crece poco a poco, pero al principio tenemos un cierto dominio sobre nosotras mismas. No es necesario contar todo lo que sabes de inmediato, hacer exclamaciones. Tenemos una finalidad en lo que decimos, en lo que hacemos. Hablamos porque queremos pedir u obtener algo. Tenemos que pensar en presencia de Dios en la finalidad de nuestras palabras y no dejarnos llevar por nuestro estado de humor. También he sido severa estos días, porque se han hecho varias cosas sin permiso durante algún tiempo.

Una buena religiosa se examina de vez en cuando sobre lo que ha hecho, lo que tiene, para ver si no falta ni a la pobreza ni a la obediencia. Pide los permisos. Si cada una hiciera esto, las Superiores no tendrían tantos problemas, ni preocupaciones. Cada una debería pensar que tiene cierta responsabilidad del orden, de la Regla, de la casa. Indudablemente yo la tengo más que vosotras, pero vosotras también la tenéis⁵.

4. Capítulo inédito.

5. El libro C7 lleva, a continuación de este capítulo, el 11 de febrero, cinco líneas de recomendaciones sobre las rúbricas de las ceremonias.

25 de febrero de 1872 ⁶

Poner todos sus esfuerzos en un punto concreto

Queridas hijas,

Estamos en Cuaresma 7, y por tanto en un tiempo de penitencia. La mayoría de nosotras hacemos muy poco en mortificación o en austeridad. Es imposible que sea de otra manera, ya que nuestra salud no nos permitiría ni siquiera hacer nuestro trabajo con las niñas, un trabajo que es en sí mismo una gran penitencia. Os pido entonces, hermanas, que prestéis especial atención y examinéis cada una de vosotras en qué aspectos podéis ofrecer a Dios algún sacrificio. Por ejemplo, dedicarse más al silencio o a la humildad, aceptar mejor las observaciones, o incluso tener en todas las circunstancias una compostura propia de una religiosa lo que normalmente no perjudica a la salud. Me diréis: " Pero hay que hacerlo siempre" Sí, sin duda, pero debemos tratar de averiguar cómo, en la práctica de estas virtudes, podemos ofrecer a Dios algo más, practicar la mortificación. Por ejemplo, es cierto que el silencio es de Regla y es justo que lo cumplamos. Seremos más fieles a ella, con mayor exactitud. Siempre es un deber aceptar con sumisión las observaciones de las Superiores, pero si escuchamos palabras que nos humillan, por parte de las hermanas, o de los niños o de la gente de fuera, debemos intentar aceptarlas, quererlas y así con las demás cosas.

6. Capítulo inédito.

7. Durante la Cuaresma predica el Padre Vincent de Paul Bailly A.A. El Padre d'Alzon también está en París. Habla dos veces a las hermanas en la sala comunitaria.

3 de marzo de 1872 ⁸

La abnegación

Queridas hijas,

Hace mucho tiempo, recuerdo haber escuchado un sermón, muy sencillo, pero sobre un tema muy importante: la abnegación. Es una de las virtudes más indispensables para quienes somos responsables de la educación. Debemos ponerla en primer lugar tras nuestros votos. Podríamos decir: "Me comprometo a vivir la pobreza, la castidad, la obediencia y la abnegación". Siempre tenemos que lidiar con niñas más o menos llenas de defectos, con tendencia a la pereza o con aptitud para el trabajo. Nuestras ocupaciones discurren siempre en el mismo círculo: estudio, enseñanza, vigilancia, guardias de los recreos, de los dormitorios, etc., etc. Todo esto no es agradable.

A veces se dice: "Tal niña me dio una gran alegría, pero se ha ido, y la echo de menos..." Pero hay que pensar que los padres están encantados al confiarnos a sus hijas para que les corriamos sus defectos, para que las orientemos, para que las formemos. Tan pronto como una niña se vuelve trabajadora, educada, amable, dócil, en cuanto puede ser agradable en su familia, nos las quitan y las madres asumen con gusto la tarea de completar su educación.

Los trapenses tienen grandes dificultades para cultivar la tierra, pero al menos disfrutaban del consuelo de su duro trabajo. No así para nosotras. Por lo tanto, si buscamos apoyarnos en el consuelo, si decimos: "Si tuviera tal o cual enseñanza, tal o cual diversión" (no hablo por ninguna de vosotras), en lugar de consuelos tendríamos todos los problemas posibles e inimaginables. No hay consuelo verdadero y constante sino el que encontraréis en la entrega, es decir, en un amor más purificado por nuestro Señor que os hará abrazar por Él, para serle agradable, las cosas más dolorosas, la fatiga, las contradicciones que son inseparables del trabajo que Dios nos ha encomendado, y comenzar una y otra vez sin cansarnos nunca.

8. Capítulo inédito

4 de abril de 1872

Jueves de Pascua

Queridas hijas:

Las celebraciones de la Pascua que acabamos de pasar ciertamente nos han traído gracias. ¿Por qué no sacamos suficiente fruto de estas solemnidades? La causa es porque no entramos en el espíritu de los misterios que representan. Si los siguiéramos, si los penetráramos más profundamente, sacaríamos grandes enseñanzas.

Así, por ejemplo, los Evangelios de toda esta semana son magníficos. El Evangelio de la pesca milagrosa⁹, además del significado que contiene en relación con la Iglesia, con respecto a San Pedro, que es la cabeza de los apóstoles y de los fieles y que recibe a todos los cristianos en su barca, tiene también un significado práctico y muy útil para nosotras. Vemos que nuestro Señor estaba junto al mar. Los apóstoles habían trabajado toda la noche y no habían pescado nada. Por indicación de Jesús, echaron la red a la derecha de la barca y la sacaron llena de peces grandes.

Cada una de nosotras, pasamos por la noche, el invierno, durante el cual el trabajo no tiene éxito, no podemos recoger nada, ni para los demás ni para nosotras mismas.

Sin embargo, nos acordamos de esta palabra de la Escritura: "*Ha pasado el invierno, las lluvias han cesado y se han ido*"¹⁰. Creemos que la noche es la muerte, que el invierno durará siempre, como si, al ver el jardín hace un mes, hubiéramos dicho: "Estos árboles no sirven para nada. Nunca tendrán hojas en ellos. Sería mejor arrojarlos al fuego y no haberlos plantado nunca". Tenemos la tentación de decirnos esto a nosotras y a los demás: "No hay nada, nada, todo está muerto".

Pero no, hermanas. llegará el momento en que Dios enviará su fuerza, su gracia y su luz. Lo que tenemos que hacer es mantener la paciencia, la práctica de la fe, la esperanza y la caridad.

Al creer, al esperar y al amar, conseguiremos méritos. Observad los reproches que el Señor hace a los discípulos de Emaús, porque dijeron: "*Esperábamos*"¹¹. *Antes creíamos, ¡pero ahora!* Nuestro Señor les dice: "*¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas!*"¹².

9. Jn 21.

10. Jam hiems transiit. Ct 2, 11.

11. Sperabamus. Lc. 24, 21

12. Stulti y tardi corde. Lc 24,25.

Nuestro Señor no quiere eso. Por el contrario, ved a Magdalena¹³ en la mañana de la resurrección: Cómo busca a

nuestro Señor con fe, con confianza, con ardor, con ternura y amor. Ella ve a los ángeles, pero ¿qué le hacen los ángeles? Desea a nuestro Señor; ni siquiera se para a hablar con esos espíritus celestiales. De esta manera nuestro Señor la recompensa apareciéndosele. Hermanas, ¿os habéis preguntado alguna vez si este momento de gran alegría, cuando el Señor se le apareció a Magdalena, fue un momento meritorio para ella? Ciertamente no, el momento del mérito no es el momento de la recompensa, y Magdalena se sentía bien recompensada para necesitar méritos.

A menudo pensamos, y erróneamente, que no hay mérito para nosotras cuando no hay recompensa. No juzguemos nunca según nuestros sentimientos humanos: el momento de mérito para Magdalena es aquel en el que busca, en el que reza, en el que persevera, en el que se siente probada. Durante la Pasión tuvo que soportar grandes sufrimientos. Sin duda percibió todos los sufrimientos de nuestro Señor, asistió a su muerte, lloró junto a su cuerpo en la tumba. Más tarde se vio privada del consuelo de poseer ese cuerpo sagrado, sin saber quién se lo había llevado. Asimismo, para los discípulos de Emaús ¹⁴, el momento del mérito no fue el momento en el que ardían mientras escuchaban a nuestro Señor. No es muy difícil estar ardiendo cuando nuestro Señor habla.

Para nosotras, hijas mías, tendremos el mérito del trabajo, el mérito de la lucha, el mérito de las lágrimas, el mérito de la fe, el mérito de la sequedad, de la privación. Si no tenemos la recompensa en este mundo, como dice Santa Teresa, la tendremos en el otro.

13. Lc 24,1-10 y Jn 20,11-18.

14. Lc 24, 13-34.

7 de abril de 1872

La Confianza en Dios

Queridas hijas,

Todavía estamos en el tiempo de Pascua. Sigamos sacando una enseñanza de la meditación de los Evangelios. Veis cómo los apóstoles y todos los que tenían algo que reprocharse antes de la muerte de nuestro Señor van a Él con confianza, inmediatamente después de su resurrección lo buscan con amor. También nuestro Señor se les manifiesta con gran misericordia.

Por ejemplo, San Pedro, que cometió un crimen tan grande al negar a su maestro, será el primero que entre en la tumba después de su resurrección ¹⁵. Nuestro Señor se le aparece y parece haber olvidado su falta. ¡Qué bondad le muestra! Solo le pedirá que haga una triple confesión de amor en expiación por su triple negación ¹⁶. El apóstol, con gran amor, añadirá a las lágrimas su arrepentimiento y llorará hasta el final de su vida. Nuestro Señor quiere enseñarnos con esto que, a pesar de nuestras miserias, nuestras debilidades, nuestras flaquezas, no debemos dejar de alegrarnos en Él. Debemos tener contrición, y el arrepentimiento es dolor, es cierto, pero el fondo de nuestra alma debe permanecer alegre.

Observemos que la mayoría de nuestros pensamientos giran en torno a nosotros mismos, a nuestras debilidades, a lo que hemos hecho, cómo lo hemos hecho, por qué lo hemos hecho. ¿Por qué no dejamos todos estos pensamientos a un lado, para poder centrarnos únicamente en Dios? Dios lo llena todo. Vivimos en él profunda, íntima, realmente, más que en el aire que respiramos. También está en nosotros; y no solo está en nosotros como nuestra vida y la fuente de nuestro ser, sino que forma una unidad con nosotros: nos ama. Es el misterio de la gracia que nos hace transparentes y agradables a los ojos de Dios.

Recordemos estos pensamientos, recordemos todo lo que hizo nuestro Señor, cómo vivió, lo que ha sido, lo que es en la Eucaristía. Los diversos estados del Salvador son el modelo de los estados por los que debemos pasar, y no nos preocupemos más de nosotros mismos.

15. Jn 20:6.

16. Jn 21:15-18.

Dichoso el que no piensa en sí mismo, o que solo piensa en sí el tiempo necesario, dos veces al día para hacer el examen, abandonándose con sus miserias en los brazos de Dios.

Os pido, hermanas, que penséis en un momento cuántos pensamientos inútiles habéis tenido sobre vosotras, y ved

qué sacamos si nos preocupamos de nuestros defectos, cuánto tiempo hemos perdido, el desánimo que sentimos, y dedicad toda la actividad de vuestro espíritu a ocuparos de Dios, de sus perfecciones, de su bondad y de su misericordia, porque él tiene todas las perfecciones: la perfección de la santidad, la perfección del ser también.

Monsieur de Berulle decía que la cruz debe ser un medio de santificación y no una ocupación. Diré lo mismo de vuestras faltas. Dios permite que caigamos a veces, para que nos mantengamos en la humildad, en la sumisión. Cada misterio del cristianismo produce los frutos correspondientes a lo que significa. Esta será la gracia que obtendremos del misterio de la Resurrección, que es al mismo tiempo la gloria de la santa humanidad y el fundamento de nuestra esperanza.

Cuanto más nos esforcemos por conocer a Dios, más lo amaremos. Esta es la ocupación de los habitantes del cielo. Fue la de María durante toda su vida; entró profundamente en todos los misterios de su divino Hijo. Será para nosotras un anticipo de la vida eterna. Esforcémonos por ver en las cosas no tanto el lado humano, que siempre es doloroso, sino el lado divino, que es la alegría presente y será la alegría eterna.

21 de abril de 1872 ¹⁷

Espíritu de celo por la oración y el fervor

Queridas hijas,

No quiero dejar pasar esta fiesta ¹⁸ sin decirnos algo sobre San José. En los tiempos de crisis que atravesamos, que atraviesa la Iglesia, ahora que puede gritar a cada momento: "Señor, sálvanos, que perecemos" ¹⁹, no tenemos mayor esperanza que la protección de San José a quien el Soberano Pontífice acaba de declarar, en un gran acto solemne, patrono de la Iglesia universal.

Tal vez pensemos que los peligros a los que se enfrenta la Iglesia no son inminentes. Pero, mirad en Francia la perversidad del pueblo. En Alemania todavía hay fe y piedad, pero en este momento están ocupados destruyendo la enseñanza cristiana en las escuelas. En España e Italia, los principios de la indiferencia y la inmoralidad se están extendiendo por todas partes. En Rusia, vosotras sabéis lo que está sucediendo y cuánta razón tiene la Iglesia al gritar: Señor, sálvanos, que perecemos.

Observad la situación del Papa. Ya sabéis lo que nos dijo ayer Monseñor Mermillon ²⁰: la prueba que está viviendo solo puede acabar en el exilio o en el martirio.

También nos habló de esta furia de los enemigos de Dios, de manera que en Lyon se ha organizado una sociedad para dar cuarenta, sesenta francos a las familias pobres de los trabajadores que acepten morir y ser enterrados sin las oraciones de la Iglesia. ¿Puede imaginarse algo más diabólico? Por eso es necesario, hermanas, que nos esforcemos en reaccionar contra estos embates del mal, que todo lo que digamos, todo lo que hagamos, todas nuestras relaciones con las personas del mundo, tengan por finalidad inspirarles pensamientos de fe, para, como dice Santa Teresa, aumentar el número de los amigos de Dios que tiene tan pocos.

Pero, sobre todo, recemos. Tengamos en todas nuestras oraciones, en todas nuestras comuniones, en las misas que escuchamos, la intención de obtener el triunfo de la Iglesia, la fe para las naciones. Añadamos a nuestra oración incesante un fervor continuo.

17. Capítulo inédito.

18. Patronato de San José, proclamado por Pío IX el 8 de diciembre de 1870.

19. Mt 8:25.

20. El día anterior, 20 de abril, el obispo Mermillod presidió la profesión perpetua de tres hermanas y habló de la situación de la Iglesia y del Papa desde la anexión de los Estados Pontificios por Italia en 1870.

Cada una de nosotras tiene una prueba, una tentación, un obstáculo que superar. Aceptemos este sacrificio, que parecerá leve en comparación con los que la Iglesia no solo está amenazada sino también atacada.

28 de abril de 1872 ²¹

Intentar la corrección de un defecto

Queridas hijas,

Voy a estar ausente ²² durante algún tiempo, queridas hijas, y me gustaría que este fuera un tiempo para que avancéis. Es bueno proponerse, en un tiempo concreto, progresar en alguna virtud que no tengáis y que necesitéis más.

Os invito a recordar lo que recomienda San Ignacio, y podéis decir que yo vuelvo a menudo a este pensamiento, porque es muy sabio. San Ignacio quiere que tratemos de adquirir la virtud contraria al defecto más destacado en nosotras, que mal edifica a nuestras hermanas o a las niñas o incluso a la gente del mundo que a veces se sorprende de ver alguna de estas cosas en una religiosa. A veces el prójimo no dice nada soporta, respeta, pero sufre este defecto.

No hay personas, ni siquiera las más ancianas, ni las más avanzadas, que no encuentren algún defecto que corregir. Si la voz del prójimo no nos hace conscientes de ello, siempre tenemos la voz de nuestras superiores. Y no siempre es lo que nos parece más urgente para corregir. A veces, una persona vivaz, brusca y de mal genio, a la que se le reprocha este defecto, tendrá un atractivo completamente diferente y os dirá: "Ah, si tuviera el espíritu de recogimiento, me bastaría". El espíritu de recogimiento es algo muy bueno. Ciertamente, pero creed lo que os dicen, que la corrección de este otro defecto sería lo mejor.

Tal vez me digáis: "¿Por qué Nuestra Madre vuelve una y otra vez sobre este tema?" Es porque creo que es muy útil para el progreso espiritual. Sí, cuando regrese, alguien que os conozca pudiera decirme: "¡Si supieras lo encantadora, lo obediente y verdaderamente religiosa que se ha vuelto esta persona!". Pero espero que sea la Madre María Serafina quien me diga esto de cada una de vosotras, y me dará una gran alegría.

21. Capítulo inédito.

22. La madre María Eugenia partió el 2 de mayo para visitar Lyon, Nîmes y Niza. Ella volverá el 3 de junio.

14 de julio de 1872 ²³

El Espíritu de caridad

Queridas hijas,

Debemos, queridas hijas, entregarnos a vivir una gran caridad en nuestras mutuas relaciones. Pero esta caridad se orientará a nuestra mutua santificación. Cada una de nosotras debe amar a sus hermanas, como dice la Regla, con el mismo amor con el que Dios nos ama, por su perfección, por su santidad, para ayudarles a llegar al cielo.

Cuidémonos, pues, de los que quieren, por un lado, burlarse, o por otro, tolerar, con una cierta benevolencia²⁴ alguna imperfección de las hermanas con las que convivimos. No pensemos que la caridad consiste en cerrar los ojos o callar ante una falta, un defecto, que puede prolongarse indefinidamente. Uno de los abusos más detestables que se encuentran en la vida religiosa es la manía de querer arreglar las cosas uno sin involucrar a los superiores.

¿Qué teméis al informar a los superiores? Lo peor que os pueda pasar es una reprimenda. Pero, ¿no son preciosas las reprimendas para nuestro progreso? ¿Podemos corregir nuestros defectos si no aceptamos conocerlos y ser corregidos? ¿No sabemos que los superiores están para soportar las imperfecciones?

No temamos todo lo que pueda humillarnos, tanto si viene de dentro como de fuera, de las personas del mundo, e incluso de los niños. Aceptémoslo todo y aprovechémoslo para avanzar hacia Dios ²⁵.

23. Capítulo inédito.

24. "Facilidad": palabra utilizada por la Madre María Eugenia.

25. El 30 de julio de 1872 se imprimió un capítulo. Pero su fecha real es seguramente el 30 de julio de 1871. Por lo tanto, se ha trasladado. Véase la nota adjunta en el volumen anterior.

11 de agosto de 1872 ²⁶

Las Vacaciones, renovación del espíritu sobrenatural

Queridas hijas,

Lo que me parece oportuno comunicaros hoy, queridas hijas, es centrarme en las vacaciones y recomendaros el espíritu sobrenatural y religioso. Durante el año, los cuidados de nuestros empleos, las preocupaciones de nuestros alumnos, nos distraen a veces: estos cuidados, estas preocupaciones, el descontento de una familia, de una niña difícil, de una u otra cosa. Incluso, sin alejarnos de Dios, no se puede concebir de otra manera. Por tanto, debemos pensar en ellas, ocuparnos de ellas ante Dios, porque estas cosas son deberes de nuestra vocación, están en el orden de la voluntad de Dios, pero absorben la atención de nuestro espíritu. Siempre he pensado que en esto nuestras hermanas conversas son más felices que nosotras porque no tienen preocupaciones inesperadas. Tienen la preocupación de preparar la comida a tiempo, los dormitorios, pero no tienen lo que yo llamo preocupaciones imprevistas. Son más capaces de recogerse, de hablar con Dios.

Pues bien, en este momento en que tenemos menos ocupaciones externas, tratemos de aprovecharlas. El tiempo de vacaciones se nos ha dado para renovarnos en el espíritu sobrenatural.

Lo que también quería recomendaros, hermanas, es un gran espíritu religioso. Durante las vacaciones, hay idas y venidas, algunas hermanas vienen a la Casa Madre, otras son enviados a las casas. Deseo ver entre nosotras todo el fervor posible, la exactitud y la regularidad en los empleos, la fidelidad a la obediencia, el silencio, el celo por el Oficio; en fin, esa edificación general que muchas veces hemos encontrado y que deseo ver siempre.

Por lo tanto, debemos vigilarnos y renovarnos para evitar cualquier imperfección: por ejemplo, cualquier ligereza, cualquier distracción, lo que sería más importante aquí que en otro lugar, porque debemos observar la Regla con toda su fuerza y vigor. Por último, difundir a nuestro alrededor esa expansión que siempre se experimenta cuando una gran comunidad observa la Regla con fidelidad.

26. Capítulo inédito.

25 de agosto de 1872 ²⁷

Fin del retiro - Recomendaciones

Queridas hijas,

Estáis saliendo del retiro ²⁸ durante el cual se os han concedido muchas gracias. Precisamente hoy celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de María. Por lo tanto, os invito a poner bajo la protección de la Santísima Virgen todos los propósitos que habéis hecho, todas las inspiraciones que habéis recibido, los buenos sentimientos y deseos que habéis formulado. Colocadlos en su corazón, y los encontraréis allí cuando los necesitéis. Habéis visto, sin duda, las imperfecciones que tenéis que eliminar de vuestra vida.

Todo el mundo tiene imperfecciones interiores. Pero no se pueden permitir las imperfecciones externas sin perjudicar la edificación general, sin rebajar el nivel de la vida religiosa en el ánimo de aquellos con los que convivimos. Por eso os recomiendo en primer lugar, especialmente a las hermanas jóvenes, que evitéis toda frivolidad, toda disipación, toda cháchara, para que vuestra compostura religiosa muestre a todos que estáis verdaderamente en la casa de Dios. A las otras hermanas, les invito a pedir sencillamente las cosas a las superiores. Hay unos cuantos asuntos a los que las Superiores deben atender, aunque las cosas materiales solo tengan una importancia secundaria.

Sin embargo, al igual que no se puede dejar sin pagar a los acreedores, las casas sin reparar, las cenas sin servir, así se puede decir que hay una prioridad para las superiores, particularmente para la Superiora General, de ocuparse de estas cosas materiales. Repito, no son las cosas más importantes en sí mismas, pero son el motivo de muchas preocupaciones, dificultades e inquietudes. Uno no puede estar pendiente de todo, y hay muchas cosas, tanto para el colegio como para cada una personalmente, que no se pueden adivinar.

Así que acostumbraros a pedir sencillamente a vuestras superiores lo que necesitéis. Así, a veces hay hermanas que, por generosidad, se sienten obligadas a no pedir nada.

La hermana Teresa Maria ²⁹, por ejemplo, por un exceso de fervor, pasó todo un invierno tiritando de frío cada noche, porque no le habían dado suficientes mantas. Se trata de algo que no hay que imitar.

27. Capítulo inédito.

28. Retiro predicado por el Padre d'Alzon.

29. Probablemente la hermana Teresa-María del Sagrado Corazón.

Sencillamente exponer lo que necesitéis y para ello acudid a vuestra superiora local ³⁰, ella tiene menos asuntos que la Superiora General que, al estar preocupada por el cuidado general de las casas, no debe entrar en detalles.

Tendría muchas más recomendaciones que hacer, pero creo que vosotras mismas habéis visto, con la ayuda de la gracia, lo que debéis reformar. Solo añadiré una palabra sobre el tema de los recreos. Los recreos bien hechos son un buen medio para que nos encontremos con Dios. No llevéis nada que pueda originar malestar en el recreo. Cuando digo nada, me refiero a mal humor, voluntad propia, etc. En cambio, llévalo a tu superiora en otro momento para que nada os impida estar atentas a Dios.

30. "Particular": palabra utilizada por la Madre María Eugenia.

1 de septiembre de 1872 ³¹

Recomendaciones

Queridas hijas,

El domingo, al salir del retiro, os invité a guardar silencio con mayor fidelidad. Me gustaría añadir una recomendación que se relaciona muy bien con el punto de la Regla que se acaba de leer. Intentamos tener una actitud perfectamente religiosa, evitando los ruidos, las prisas y, como dice la Regla, haciendo todas las cosas con sencillez, con paz y tranquilidad. Este recuerdo nos ayudará mucho en el tema del silencio, pues muchas veces, por falta de reflexión, se dicen más palabras de las necesarias, y así no se observa el silencio.

Otra recomendación se refiere a la obediencia ³². Desde hace algún tiempo hay un cierto desconcierto. Ya no es el momento del recreo, es medio silencio, hay que hablar únicamente lo necesario y no decir palabras de esparcimiento. Y luego, permaneced en el espacio de obediencia, buscando sencillamente a las personas con las que tienes que hablar, y hablad a media voz sin juntaros todas. También es muy recomendable que las que no tengáis nada que preguntar os retiréis inmediatamente. Para ello, es necesario que las demás no obstruyan la puerta y dejen pasar, de este modo, todo se hará de forma mucho más ordenada.

31. Capítulo inédito.

32. Tiempo al final del recreo en el que se podía dirigir a la superiora o a las hermanas para asuntos personales o de los empleos.

7 de septiembre de 1872

El amor a nuestro Señor

Queridas hijas,

Después de todos los sermones que habéis escuchado durante el retiro, habéis tomado resoluciones. Hay una cosa que condensa todos los propósitos, y que es al mismo tiempo la meta a la que debemos llegar y el principio de todas las virtudes que debemos practicar, quiero hablar del amor a nuestro Señor.

Porque es por nuestro Señor y para nuestro Señor por quién debemos vivir. Hacia Él debemos dirigir todos nuestros afectos, toda la ternura de nuestro corazón. Si es cierto lo que se dice de un hombre mortal: *Quien no ama a su hermano a quien ve, es incapaz de amar a Dios a quien no ve,*³³ con mayor razón podemos aplicarlo al Dios-Hombre que vino a nosotras, que se hizo hermano nuestro, que se hizo Esposo nuestro, que se entregó a nosotras, que quiere llevarnos a Dios. Por tanto, su amor debe ser el sentimiento más íntimo de nuestro corazón.

La vida de una religiosa de la Asunción debe orientarse especialmente hacia este único objetivo. Muchas de nosotras hemos hecho el voto de trabajar para extender el Reino de Jesucristo en las almas, es decir, trabajar para que sea conocido y amado. Pero primero debemos trabajar para establecer el Reino de nuestro Señor Jesucristo en nosotras, y que nuestro Señor sea el único Señor, el único Maestro, el único que gobierna sobre todas las cosas. Debemos trabajar seriamente en esto, hijas mías. Nuestro Señor dijo, y nos lo repite a menudo: *No basta con decir: Señor, Señor, para entrar en el reino de los cielos, sino que hay que hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos.*³⁴ Por lo tanto, demostraremos nuestro amor empleando toda nuestra vida para cumplir esta santa voluntad.

A menudo experimentamos disgusto por nuestra vida presente. A veces oigo decir: "¿Qué es la vida? ¿Qué hago por Dios? Lo entendería, si lleváramos una vida de diversión y de placer.

33. 1 Jn 4:20.

34. Mt. 7,21

Entonces podríamos preguntarnos: "¿De qué sirve vivir?" Pero la mayoría de las veces tenemos algún sufrimiento. ¿Por qué no lo utilizamos en beneficio del amor? A menudo he notado que la gran preocupación de nuestras hermanas, en su lecho de muerte, era que no habían trabajado lo suficiente para aumentar su amor por Nuestro Señor. En estos últimos momentos

se esfuerzan por multiplicar sus actos de amor. ¿Por qué debemos esperar hasta los últimos quince días de la vida para esforzarnos por alcanzar el grado de amor al que Dios quiere que lleguemos? Para ello, aceptemos los sufrimientos y hagamos todos los esfuerzos que Dios nos pide.

Empecemos hoy a disfrutar de la vida que Dios nos ha dado. Es una gran bendición. Poned vuestros ojos en la Santísima Virgen María. Sin duda, es la criatura que más ha amado a Dios. Después de la muerte de nuestro Señor, no le pide a Dios que le quite su vida. Por el contrario, vemos que permaneció en la tierra durante muchos años después de la Ascensión de nuestro Señor. Se cree que murió a la edad de sesenta y cinco años. Dios la dejó aquí en la tierra y, habiendo sido fiel a la gracia desde el primer momento de su existencia, continuó siéndolo hasta el último momento de su vida. Ella es nuestro modelo.

Pienso, hijas mías, que si cada mañana le dijerais a Dios: "Dios mío, te doy gracias por todo lo que me vas a mandar hoy. Será un sufrimiento para mi cuerpo, una contradicción, una molestia para mi mente, una delicadeza, una herida para mi corazón. Quiero todo esto, lo acepto, quiero convertir todo en beneficio de tu amor", si lo hicierais, creo que avanzaríais rápidamente en el amor de nuestro Señor. Hacedlo entonces, hijas mías. Que la fiesta de mañana sea el comienzo de una nueva vida, dedicada al amor de nuestro Señor Jesucristo, bajo la protección de la Santísima Virgen.

15 de septiembre de 1872

Sobrellevar las imperfecciones. Celo por nuestra perfección
Queridas hijas,

El encuentro de estas dos fiestas ³⁵ nos da una enseñanza preciosa: la Santísima Virgen llevó la cruz desde el principio de su vida y, hasta el final, sintió en su corazón, de manera íntima y profunda, todos los dolores de Jesús. ¿Qué concluimos ante todo esto? Que también nosotras, en la vida religiosa, tenemos que llevar la cruz cada día. Nuestro Señor dijo: *Si alguien quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga.* ³⁶ Y Santa Teresa dice en alguna parte que es incomprensible que una monja no quiera tener una cruz, ya que viene al convento precisamente para seguir a Jesús crucificado.

Por desgracia, hay almas que, en lugar de aprovechar las cruces, solo se quejan de ellas; o bien, las pruebas que Dios les envía les producen otro sentimiento: el desencanto. Que cada una de vosotras se examine sobre este punto y vea si las cruces que ha encontrado en su vida no han hecho nacer este sentimiento.

No hay nada más funesto. Nuestro amor por el Señor, nuestra fidelidad, el espíritu de oración, el fervor, no pueden subsistir con esta disposición. Es uno de los grandes peligros de la vida religiosa y arrastra consigo el egoísmo, el escándalo y el fariseísmo. Cuando digo el fariseísmo, quiero hablaros de la inclinación a turbarse por la imperfección de nuestras hermanas. Dejemos de lado esta disposición y reconozcamos, como dice San Francisco de Sales, que somos capaces de los defectos de los demás. Entendamos que podemos caer. Que el espíritu de celo, de caridad, sustituya a este espíritu humano del que os hablo. Esta sería una muy buena disposición después de un retiro, una de las mejores maneras de demostrar nuestro amor a nuestro Señor.

Contemplad a la Santísima Virgen durante la pasión de su divino Hijo. Ved cómo los apóstoles, que sin duda iban a formar la comunidad más perfecta que pudiera existir, se

35. Exaltación de la Santa Cruz (o Cruz Gloriosa) y Nuestra Señora de los Dolores.

36. Mt 16:24.

dispersan y abandonan a su Maestro inmediatamente después de su primera comunión. Ved la traición de Judas, la negación de San Pedro. San Juan, es cierto, permanece al pie de la cruz; pero es el único.

¿Está la Santísima Virgen decepcionada? Dice: "¿Qué pasará? ¿Dónde está el colegio de los apóstoles? ¡Cuántos fracasos,

cuántas imperfecciones en estos hombres instruidos por Jesucristo durante tres años"! No, la Santísima Virgen no habla así. Soporta todo en silencio, con fe, con paciencia, sin desanimarse. Así practicó la virtud durante toda su vida, pasando de una gracia a otra, de una fidelidad a otra mayor.

No penséis, hijas mías, que os pido esta perfección de la Santísima Virgen. Estamos en condiciones muy diferentes. La Santísima Virgen nunca tuvo una sombra de imperfección - nosotros, fuimos concebidos en pecado, tenemos en nosotras muchas inclinaciones malas que la Santísima Virgen no tenía. Pero debemos superarlas. Y, debemos superar las imperfecciones en los demás. Las tenemos, nuestras hermanas las tienen; y así será mientras vivamos.

Entremos en las disposiciones de la Santísima Virgen a este respecto: se unió al corazón de su divino Hijo y se afligió al ver que lo habían ofendido. Nuestras imperfecciones afligen a nuestro Señor. Nos ama con un amor celoso y su corazón está herido. Uníos a sus sentimientos. Y luego tenéis el ejemplo de los santos que estaban en las mismas condiciones que vosotras y tenían que vencer, como vosotras, su propia naturaleza.

Tomemos como ejemplo al Beato Padre Fourrier, que vivió en medio de una comunidad bien relajada, y entre gente que le hizo sufrir cruelmente. Ved cómo se santificó al soportarlos. Todo el mundo conoce la historia de San Benito y la primera comunidad que dirigió. Sabemos que estos religiosos no eran muy regulares, se molestaron al ver en su fervor una condena a su vida relajada, y querían envenenarlo. Se rompió la copa que contenía el veneno cuando el santo hizo la señal de la cruz sobre la bebida.

Las imperfecciones de nuestras hermanas no han llegado a esto. Pero habrá alguna u otra cosa. Cuando veáis cualquier imperfección, tratad de evitarla vosotras. Eso es todo lo que se puede hacer en estas circunstancias. Pensad que vuestra hermana está tentada; que, si hubierais tenido una tentación similar, no la habríais quizás superado; que vuestra hermana es mucho más desgraciada que vosotras. Rezad por ella. Haced todo lo posible para consolar el corazón de nuestro Señor, a quien esta infidelidad le entristece.

Así es como, sin engañarse, porque a veces es imposible no ver ciertas cosas, así se conserva la caridad y se practica la humildad, la paciencia, el celo. Llevad este pensamiento a las casas a las que pronto iréis, hijas mías; y aprovechad las imperfecciones que veis, para aplicaros con más cuidado a vuestra propia perfección.

Una vez le dije a una superiora de la Visitación que lo que había notado en varios de sus conventos, y lo que me parecía más necesario en la vida religiosa, era la unión del mayor apoyo posible ante las imperfecciones ajenas con el mayor celo por la propia perfección. Creo que me habría abrazado de buena gana, de lo feliz que estaba porque yo tuviera esta opinión de la Visitación y de que nuestras ideas al respecto coincidieran tanto.

Pues bien, hijas mías, tratad también de adoptar esta práctica: el mayor sostén ante las imperfecciones del prójimo es el mayor celo por vuestra perfección.

9 de septiembre de 1872

Del respeto y amor por Dios ³⁷

Queridas hijas,

Lo que más nos puede ayudar a permanecer en la indiferencia ante los empleos es el amor a Dios. Dedicuémonos a la oración para mantener esta disposición en el fondo de nuestras almas.

Parece extraño que se nos recomiende el respeto y amor por Dios. Somos cristianas, religiosas. Tenemos fe, hemos sido educadas como cristianas. Debemos entender que Dios es el único bien para la criatura, y propiamente hablando debemos respetar y amar solo a Dios. Pero, ¿no estamos influenciadas por lo que yo llamaría las alegrías superficiales y las tristezas vacías de este mundo? Ahora, superficial es toda alegría, vacía es toda tristeza, y no se trata de ser un poco más o un poco menos de Dios.

No sé si sois como yo, pero a veces me sorprende alegrándome por alguna cosa de la vida, que tiene un final en el tiempo y que no tiene relación alguna con Dios y con la eternidad. Otras veces, por el contrario, nos dejamos abatir, desanimar, preocupar por cosas que no tienen relación con los intereses de Dios, por cosas de orden puramente humano o natural, mientras que solo deberíamos alegrarnos por todo lo que nos acerca a Dios, y entristecemos solo por lo que nos aleja a nosotros y a los demás de Dios, es decir, el pecado y la pérdida de la gracia.

Entiendo al hermano lego que le dijo a su superior: "No hay más desgracia que el pecado mortal". Todo lo demás debe ser indiferente para nosotros, como dice San Ignacio: indiferente ante los bienes o la pobreza, indiferente ante la salud o la enfermedad, el honor o el desprecio, el éxito o el fracaso.

Pero cuando los santos hablan de indiferencia, no se refieren a una indiferencia culpable. San Bernardo dice que la mayor desgracia de las naciones es carecer de afecto, y San Pablo lo había dicho antes que él.

37. Este capítulo tenía como título impreso "El desprendimiento". Los Anales informan en esta fecha de un Capítulo de la Madre María Eugenia sobre "El amor por Dios", título que parece más apropiado. A partir de esta fecha, se decidió recoger las instrucciones de la madre María Eugenia.

No significa que seamos indiferentes a nuestra salvación, a nuestra perfección. Ni siquiera nos piden que no tengamos afecto por las criaturas. Se nos pide que las amemos en Dios y por Dios, que Dios y su bondad estén por encima de todo, y que no seamos como la hiedra que muere con el árbol al que estaba unida.

Hijas mías, la separación de nuestros seres queridos sería un dolor atroz sin la esperanza de su regreso. Si la muerte llama a los que amamos, siempre podemos pensar que después de unos años nos reuniremos con ellos por toda la eternidad, y que ahora están rezando por nosotras, consiguiéndonos grandes gracias y están unidos a nosotras en Jesucristo.

Esto es un consuelo. Dios nos lo da a menudo. Pero cuando nos lo niega, recordemos que nuestro Señor quiso vivir aquí en la tierra sin consuelo. Quiso dejar a su santa Madre y sufrir mucho sin recibir ningún consuelo.

Entremos en estos sentimientos. Pongamos nuestra felicidad en buscar a Dios, en elevarnos hacia Él mediante la fe, la esperanza y el amor, para apegarnos solo a Dios.

Un alma que se entrega de este modo al amor de Dios, y yo diría al amor único de Dios, ya no se alegra ni se lamenta en vano. Sin embargo, tiene muchas alegrías: la alegría de la fe, la alegría de los sacramentos, la alegría del don de la gracia, la alegría de la oración, que a veces es dolorosa, pero que sin embargo la ama. Alegría de ser la esposa de Jesucristo, alegría de pertenecerle, alegría de amarlo y hacerlo amar, alegría de esperar poseerlo. También tiene dolores: dolor por el pecado, por la infidelidad, dolor por el abuso de las gracias, dolor por la ofensa a Dios.

10 de octubre de 1872 ³⁸

Devoción a la Santísima Virgen

Mis queridas hijas,

Entramos en un mes en el que se sucederán un gran número de fiestas de la Santísima Virgen. Tenemos la fiesta de la Pureza de la Santísima Virgen, de la Maternidad, del Patrocinio, del Rosario que ya se celebra, y aunque no estamos en el mes de mayo, María se complace al ser honrada bajo los más dulces títulos.

Al mismo tiempo, entramos en nuestra vida de actividad y celo. Las niñas son como nosotras, hijas de la Santísima Virgen. Debemos inspirarles una gran devoción a la que no solo es la Reina del Cielo, sino también nuestra Reina. Que sea la dueña de nuestra casa; tratemos de ganarle nuevos devotos, de atraerle nuevas almas, de ponerlas en sus manos, pues es bondadosa y llena de atractivo. Como queremos ser fieles a María, las niñas deben ser tan fieles como nosotras. Intentemos, en una palabra, darla a conocer y hacerla amar.

En general, a pocas personas en el mundo les gusta la vida oculta, la obediencia, la fidelidad, las obras modestas y domésticas que llenaron la vida de la Virgen María. Sin duda, hay que dar lecciones a las niñas, pero sobre todo hay que, infundirles una sólida virtud y hacer de ellas verdaderas cristianas, imitando a María en su modestia, en su fidelidad y en su caridad. Es una gran cosa, hermanas, formar mujeres cristianas no solo en la forma, sino también en el fondo, poniendo los cimientos de la verdadera santificación que necesitarán durante toda su vida.

Aprovechemos estas fiestas para encomendarnos a la Virgen, para aconsejar a las niñas que pidan a menudo su protección. Que sea, como dice San Francisco de Sales, la abadesa del monasterio.

38 años. Capítulo inédito

3 de noviembre de 1872 ³⁹

Interés por santificarse en el trabajo

Queridas hijas,

Quiero deciros unas palabras sobre algo muy importante y en lo que debemos insistir siempre. Os he dicho muchas veces que es en el trabajo donde uno se santifica. Por lo tanto, en vuestros retiros mensuales debéis examinar cómo podéis cumplirlo de manera santa. Pero cuando uno se decide a poner mucho espíritu religioso y entrega en el trabajo, aparece un prejuicio; a veces pensarás: "Si tuviera otro trabajo, me santificaría más; no soy capaz de cumplir con el que me han encomendado, tal vez otro trabajo me convendría más", pero esto es un error. En todas partes tendréis dificultades.

Muchas veces he observado que una hermana que desempeña bien los trabajos más humildes, lo hace también en los más elevados, porque si trata de llevar a ellos la obediencia, la humildad, la entrega, la atención de hacer todo bien y con exactitud, y el cuidado de observar las reglas del empleo, lo hará también en otras partes, observará la clausura, el silencio, la caridad en sus relaciones con las hermanas, y la fidelidad en todos los trabajos que se le encomienden.

Por lo tanto, sean cuales sean vuestros empleos, hermanas, procurad cumplirlos con miras sobrenaturales, santas y agradables a Dios. No os santificaréis buscando otros trabajos, porque penséis que son más humildes y que viviréis más separadas del mundo, sino realizando el empleo actual, porque estaréis cumpliendo la voluntad de Dios.

39. Capítulo inédito

10 de noviembre de 1872

Consagración de nuestra Congregación y de nosotras a Dios

Queridas hijas,

La fiesta de la Dedicación de las Iglesias en Francia, que celebramos hoy, se instituyó para sustituir las diversas fiestas de la dedicación en las iglesias particulares que existían antes de la Revolución. Como un gran número de estas iglesias fueron destruidas, y estas fiestas ya no se celebraron con la misma solemnidad, se decidió, en la época del Concordato ⁴⁰, que se instituyera una fiesta solemne en la Iglesia para reemplazarlas.

Esta fiesta solo se aplica a las iglesias consagradas. Sabéis, hijas mías, que hay una diferencia entre la consagración y la bendición de las iglesias. En el Pontifical hay una función especial muy importante para la consagración de iglesias. Se requieren ciertas condiciones para una consagración. Por ejemplo, es indispensable que se pueda recorrer la iglesia tanto por el exterior como por el interior, que no esté encima de ningún edificio profano y que no contenga ninguno, que el obispo unja las paredes con el santo crisma doce veces en los lugares marcados con cruces que vosotras mismas habéis visto en las iglesias consagradas.

También sabéis que las cosas consagradas no deben utilizarse para ningún otro fin. Así, cuando los ornamentos sagrados ya no se pueden utilizar, hay que quemarlos. Sin embargo, cuando se derriba una iglesia, las piedras pueden utilizarse para algún otro fin, porque la iglesia como edificio religioso ya no existe. Desde este punto de vista, debéis recordar las palabras de San Pablo: "*Vosotros sois templo de Dios*" ⁴¹. Lo sois como cristianas, lo sois aún más como religiosas. Así, si un cristiano puede ser comparado con una iglesia bendita, vosotras sois semejantes a una iglesia consagrada, estando verdaderamente consagradas por vuestros votos, por los votos perpetuos que habéis pronunciado. Por lo tanto, no hay nada en vosotras que no deba servir al culto de Dios.

Os lo he dicho muchas veces, y lo repito porque tengo la oportunidad de hacerlo, que es bastante inútil preocuparse por corregir a las demás, cuando no se tiene ese cargo y no se puede hacer nada para corregir sus defectos, mientras que se puede hacer mucho para corregir los propios.

40. El 15 de julio de 1801 se firmó un Concordato con la Santa Sede.

41. 1 Cor.3,16 y 2, Cor.6,16

Si os hablo de esta particular consagración de vuestro ser a Dios, es para haceros reflexionar sobre el uso que hacéis de vuestras facultades. ¿Qué uso dais a vuestra inteligencia, a vuestro corazón, a vuestra memoria? ¿Hacia dónde se dirigen

vuestras manos y vuestros pies, hacia dónde se orientan vuestros pensamientos, vuestras palabras, que son tan importantes? ¿Hacia dónde se orientan vuestros afectos? Desde lo más profundo de un ser que, como una iglesia, ha recibido no solo una bendición, sino una consagración particular y solemne, debe salir siempre una fragancia de incienso, es decir, una fragancia de oración, de homenaje a Dios por medio de la adoración, del servicio, por medio de las obras, y sin que un solo momento se sustraiga a esta magnífica ocupación.

San Alfonso de Ligorio había hecho un voto de no desperdiciar ni un solo momento. Este voto parece al principio amedrentar por la debilidad humana, pero se explica por la oración: se puede amar siempre, rezar siempre, adorar siempre. No quiero decir que, para nosotras la oración es suficiente. Tenemos actividades que deben ocupar nuestro tiempo, y Dios quiere que le sirvamos tanto por el trabajo como por la oración.

Esta fiesta de hoy, que es una gran fiesta, debe estimularnos a renovar nuestra fe y nuestro respeto por el Lugar Santo. ¿Tendría mucho que decir sobre todo el anexo? de la capilla: estos edificios, estas salas del monasterio, son como las celdas de las abejas, agrupadas en torno al hogar de su reina. Nuestro Señor es nuestro rey. Allí lo rodeamos, como las abejas rodean a su reina. La capilla es como la morada real alrededor de la cual se agrupan todas nuestras moradas. He querido insistir, sobre todo, hijas mías, en este respeto a nosotras mismas, en esta consagración absoluta que nos haría preferir la destrucción antes que no servir al único culto de Jesucristo.

17 de noviembre de 1872

Examinar lo que se opone en nosotras al Reino de Dios

Queridas hijas,

Al concluir hoy la novena por nuestra pobre Francia 42, debemos mirarnos a nosotras y no contentarnos con pedir perdón por los demás.

Si, en un Estado, todo lo que es religioso y sacerdotal fuera perfecto, Dios derramaría gracias extraordinarias sobre esa nación y sobre el mundo entero. Veamos, pues, lo que se opone en nosotras a esta perfección religiosa, con la que podríamos aplacar la ira de Dios y atraer la salvación del mundo.

Pidamos perdón por todo lo que ha obstaculizado el bien que podríamos hacer en nuestras relaciones con el prójimo, con nuestras niñas y con las personas de fuera de la comunidad, y entre nosotras, y finalmente por todo lo que, en el conjunto de la comunidad, se ha opuesto a esa perfección que toca el corazón de Dios y atrae las gracias del pueblo.

Para ello debemos situarnos en la especial posición de perfección que exige la vida religiosa. Es cierto que cumplimos el domingo, que no faltamos a misa, que no blasfemamos. Pero si Santa Catalina de Siena pudo decir que las desgracias de su tiempo se debían a sus pecados, y que, si hubiera sido más fiel, Dios no habría permitido que el pueblo romano se rebelara contra el Soberano Pontífice, nosotras podemos hacer parecidas reflexiones.

Estamos situadas entre el pueblo y Dios como mediadoras. Preguntémonos si hemos correspondido a esta alta vocación y sí, habiendo recibido tan grandes gracias, hemos atraído la misericordia de Dios sobre nuestro país. El que ha recibido mucho debe entregar mucho. ¡Ah! si siempre hubiéramos sido fieles a Dios, habríamos alcanzado hoy un grado de gracia que nos haría muy agradables a Dios y ¡todopoderosas sobre su corazón! Esto es cosa de todos, y no creáis que es indiferente para las niñas. Si os ven siempre perfectamente religiosas, silenciosas, recogidas, edificantes, obtendrían un gran bien con solo veros pasar. Este rasgo lo conocéis por la vida de San Francisco de Asís. Un día se dirigió a uno de sus religiosos y le dijo: *Hermano, vayamos a predicar*. El hermano le dijo a San Francisco: *Pero, padre, ¿qué predicación acabamos de hacer?* - *Hemos predicado* -respondió el santo- *con nuestra pobreza y modestia*.

42. Novena a Notre-Dame de Salut.

Pues bien, hijas mías, nosotras también podemos predicar con nuestra modestia, con nuestra pobreza, con nuestro desprendimiento, con nuestra humildad, con nuestra paciencia, con nuestra obediencia. Así podemos hacer mucho bien en los corazones y en las mentes de las niñas. Ninguna de nosotras está exenta de esta predicación. Habría que poder

afirmar de cada una de nosotras que es imposible acercarse a ella sin ser mejor, como se decía de Santa Catalina de Siena.

21 de noviembre de 1872

La imitación de la Santísima Virgen

Queridas hijas,

La fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, que celebramos hoy, ha sido elegida en muchas órdenes religiosas para la renovación de los votos, siendo la vida de la Santísima Virgen en el templo, más particularmente, el modelo de la vida religiosa.

Sin duda, toda la vida de la Santísima Virgen es un modelo perfecto para las religiosas, pero sobre todo aquella época en la que estuvo separada del mundo y de su familia, en la casa de Dios. Veamos en primer lugar con qué generosidad, con qué entrega de sí misma, con qué perfección, comienza hoy esta vida de las vírgenes en el templo, cómo deja todo lo que le es querido, su familia, sus afectos más legítimos, los consuelos de la casa paterna, para vivir solo para Dios.

Consideremos el primer punto de vista de esta presentación, es decir, el lado de la separación, del sacrificio, de la ofrenda, de la inmolación. Más adelante veremos otra presentación, cuando la Santísima Virgen ofrezca en el templo a nuestro Señor Jesucristo, que quiere ser presentado por su madre como víctima y como prenda de nuestra redención. Pero hoy se ofrece como víctima, como novia, como sierva, libre de todo, libre de sí misma, libre de los placeres, libre de todo lo que es inherente a nuestra naturaleza, de la búsqueda de sí misma, de su propia felicidad, de sus propias comodidades, de sus diversiones, de todo lo que constituye para nosotras un deseo para toda nuestra vida, porque estas cosas están como adheridas a nosotras. Me refiero a esas satisfacciones habituales y legítimas de nuestra naturaleza.

Este sacrificio del mundo y de sí misma fue, sin duda, más fácil para la Santísima Virgen que para nosotras, pues era inmaculada. No tenía pensamientos vanos, ni afecto desordenado. No la retuvo la concupiscencia, la inclinación a los pecados capitales. Ella vivía en la luz, siempre pura, sin mancha, pura de pecado original, pura de toda ignorancia, de toda inclinación al mal, y libre de todas las miserias que siempre llevamos con nosotras.

Sin embargo, podemos imitarla, pues se nos conceden grandes gracias para situarnos en esa luz, en esa pureza, en esa rectitud ante Dios. Y, sin pretender alcanzar el grado al que ella ha llegado, debemos al menos intentar desprendernos cada vez más de la vanidad, del apego a los bienes del mundo. Debemos esforzarnos por destruir las semillas de los pecados capitales y todas las pasiones de nuestra alma.

Cuando un gran impulso de amor nos lleva hacia Dios y queremos entregarnos a Él, pidamos al Señor que nos conceda esa rectitud, esa pureza que le gusta encontrar en nuestras relaciones con Él. Pidamos a la Santísima Virgen que, siguiendo su ejemplo, evitemos lo imperfecto y encontremos a Dios en todo. No será verdaderamente así hasta que estemos

en la vida eterna, cuando se rompan las ataduras y se quiten los velos. ¡Ah, entonces veremos todas las cosas en Dios! Adán, en el esplendor de su justicia original, vio a Dios en todas las cosas. Cada criatura se le manifestará como un rayo de la divinidad. La Santísima Virgen unió estas dos prerrogativas. Algunos Doctores pensaron que había gozado de la visión beatífica. Unos dicen que, desde el instante de su concepción, otros solo desde la Encarnación. En cualquier caso, gozaba de un conocimiento de Dios más perfecto y luminoso que cualquier santo.

Lo que pudo Santa Catalina de Siena, cuando, a los seis años, vio al Señor por primera vez; lo que San José de Cupertino pudo realizar durante toda su vida, cuando se dedicó constantemente a las cosas eternas; lo que la Beata Imelda pudo hacer; lo que todos los santos pudieron avanzar sin cesar al pasar de luz en luz, de éxtasis en éxtasis, de claridad en claridad, - todas las grandes gracias con que los santos han sido favorecidos, fueron ciertamente concedidas a la Santísima Virgen, y es incluso por esto por lo que: "Él ha cimentado sobre el monte santo"⁴³, sus cimientos superan las más altas cumbres de la virtud de los santos. Se le han concedido más gracias que a todas las criaturas juntas, y empieza donde terminan los mayores santos.

Esto es más bien admirable que imitable, aunque podemos imitar en cierto modo estas magníficas prerrogativas de la Santísima Virgen, por esta visión del espíritu que se libera de la tierra para ir a Dios, que busca en todas las cosas dónde Dios ha dejado su huella.

Nuestra inteligencia y nuestra imaginación están ocupadas con tantas cosas que no son de Dios, mientras que podríamos dirigir las facultades de nuestra alma a este único objetivo. Hasta cierto punto podemos imitar a la Santísima Virgen y empezar a ver a Dios aquí abajo con los ojos de la fe, de la oración, pero sobre todo ver todas las cosas en Dios. Cuando nos detenemos a considerar con qué rapidez fluyen las aguas de un río hacia el Océano, ¿no sentimos que, si nos dejamos llevar, también nos arrastraría la corriente? Ah, sí el arroyo va al afluente, el afluente al río, el río al mar, así todo lo creado va a Dios. Vamos a Dios, vamos hacia la eternidad, ¡y encontraremos todo en Dios! Y encontraremos a las personas con las que ahora vivimos en la tierra.

43. Fundamenta ejus in montibus sanctis. Sal 86:1.

Las veremos en el cielo como estrellas brillantes, diferentes en cuanto al brillo, es cierto. Las veremos como las esposas del Señor, como sus templos glorificados y santificados, habiendo dejado atrás el ropaje de sus imperfecciones, de sus defectos, de sus manchas, de sus faltas, de sus malentendidos, como una pobre chica que, despojándose de su traje de pueblo se pone un vestido de gala. Así, como

criaturas nuevas, transformadas e iluminadas, veremos a Dios y encontraremos todo en Él eternamente.

Cuando hablamos de la vida de la Santísima Virgen en el templo, podríamos no parar de hablar. San Ambrosio, al enumerar todas las virtudes de la Santísima Virgen, nos exhorta a practicarlas. Es muy bueno imaginar a María en circunstancias similares a las que nos encontramos cada día. En efecto, ¿a quién de nosotras no le gusta imaginársela con el hábito de la Asunción, caminando delante de nosotras para ser nuestro modelo en todos los detalles de nuestra vida, ofreciéndonos un conjunto de modestia, mansedumbre, bondad, silencio, regularidad, oración, unión con Dios, y el ejemplo de todas las virtudes?

Las fiestas de la Iglesia están llenas de enseñanza y consuelo, especialmente las fiestas de la Santísima Virgen, porque ella es nuestra madre, nuestra mediadora y nuestro apoyo. Está dispuesta a llevarnos a lo que Dios quiera de nosotras. En el Oficio se dice que la Santísima Virgen conduce a las vírgenes a su Hijo ⁴⁴. Se las presenta y le dice: "La llevan ante el rey, con séquito de vírgenes, la siguen sus compañeras. Elige tu cuerpo inmaculado". El lecho inmaculado de nuestro Señor, hijas mías, es la cruz. Allí es donde se consuma la alianza entre el Esposo y la Esposa.

Por lo tanto, no basta con considerar las virtudes de nuestra madre. También debemos encomendarnos a ella con la mayor fuerza y confianza, sabiendo que todo lo puede, por ser la Reina del cielo y de la tierra y, como dice San Bernardo, la *suplicante todopoderosa*, ⁴⁵ sabiendo también que nada le falta ni en poder ni en bondad. Por lo tanto, en todas las cosas, gran confianza y oración continua.

44. Salmo 44:15.

45. Omnipotentia supplex.

24 de noviembre de 1872 ⁴⁶

El silencio con las niñas

Queridas hijas,

Quiero hablaros de algo muy importante en nuestra relación con las niñas: es el silencio. En la medida en que mantengamos el espíritu de silencio, digo espíritu de silencio, ya que debemos hablarles, pero si ponemos atención para no decir más que lo necesario, y dedicar un tiempo de vez en cuando a pensar en nuestro Señor, para ponernos de nuevo en su presencia, -hasta este punto, digo, - inculcaremos en las niñas actos de fe, de presencia de Dios, de espíritu sobrenatural.

Una persona que se mantuviera constantemente en la presencia de Dios tendría mucho mayor dominio de sí misma y no se dejaría llevar por impaciencias, por charlas inútiles y lo que yo llamaría "parloteo" con las niñas, lo que no es bueno. Cuanto más sobrenaturales seáis, -y nuestro Señor quiere enseñaros a hacer las obras con el espíritu con el que Él las hizo- desempeñaréis con mayor celo vuestras tareas.

Ved a nuestro Señor en su vida apostólica, estrujado por la multitud, teniendo que hablar bien a la samaritana o bien a sus apóstoles, a sus discípulos, cómo sus charlas son siempre del cielo. Si él es nuestro modelo y quiere que hagamos lo que él hizo, veamos entonces cómo en su vida mortal estuvo siempre en el cielo, siempre recogido, adorando, hablando con Dios y haciendo todo de una forma tan sencilla, tan amable y agradable. Una gran cantidad de rasgos del Evangelio nos dan una idea de su benevolencia, de su bondad, de su amabilidad en el trato con los demás.

Los que vivimos una vida contemplativa podemos sacar de ahí lo que necesitamos para llenar el tiempo de silencio que nos da la Regla, de modo que lo aprovechemos para aprender a relacionar toda nuestra vida con Dios.

46. Capítulo inédito.

8 de diciembre de 1872

La Inmaculada Concepción

Queridas hijas,

Hoy celebramos una de las fiestas más hermosas de la Iglesia en honor de la Santísima Virgen. Nosotros, que honramos el misterio de su Asunción, recordemos que esta gran gloria, todos estos honores, todas estas virtudes, todas estas maravillosas gracias tienen su origen en su Inmaculada Concepción.

Hoy, me siento impulsada a hacer una reflexión muy práctica para vosotras. Tenemos que poner en el centro de todos nuestros esfuerzos, de todos nuestros deseos de perfección, la convicción de que estamos concebidos en pecado, y por tanto relacionar con esto todas las dificultades, las imperfecciones, las luchas que encontramos en la vida.

Sabéis que el primer hombre, creado en el estado de justicia original, estuvo siempre inclinado al bien. Tenía constantemente luz en su entendimiento, la buena voluntad en su corazón.

Es difícil entender cómo, con una luz tan grande, con una facilidad tan grande para la bondad, Adán pudo dejarse llevar por el mal camino hasta el punto de alejarse de Dios. Por eso su pecado es tan grande.

El bautismo nos devuelve a la justicia y elimina algunas de las consecuencias del pecado; pero no las elimina todas. Nos deja en la ignorancia, la inclinación al mal, lo que los Padres llaman *el hogar del pecado* ⁴⁷. Debemos reflexionar a menudo sobre esto. Esta convicción nos ayudará poderosamente en la práctica de la humildad. Porque si el hombre debe permanecer como nada ante Dios, el hombre pecador tiene muchas otras razones para ser humilde.

Debemos entender esto. A menudo noto en mi trato con las hermanas un gran disgusto en sus almas cuando encuentran algo imperfecto en ellas. Son luchas, aflicciones, angustias, sorpresas. "¡Pero no siempre ha sido así! ¡Pero cómo! ¡Nunca había pensado eso! Tenía tanto amor por nuestro Señor y tanto fervor..." En fin, disposiciones admirables. Pues veréis, hijas mías, estas almas no están convencidas de que en el fondo de sí hay una inclinación al mal.

San Juan de la Cruz dice que llevamos dentro de nosotros la semilla de los siete pecados capitales, y, en primer lugar

47. Fomes peccati.

una inmensa soberbia; puede que no conozcamos al principio todo su alcance. El Señor da al alma las primeras gracias

que la atraen hacia Él. Ella no vendría si Él no se anticipara con su dulzura y consuelos; pero, cuando el alma comienza a entregarse a la piedad, en su orgullo, se atribuye las gracias que el Señor le concede gratuitamente, esta elección, esta bondad, esta preferencia. Un antiguo confesor me dijo una vez: *Cuando se quiere domar un caballo joven y salvaje, se le da avena y, mientras la come, se le pone el ronzal.* Este confesor afirmaba que el Señor actuaba así con las almas.

Tal vez no haga exactamente lo mismo. Pero tal vez nuestro Señor tendría menos siervos personales, siervos exclusivamente para Él, si en la juventud no pusiera en el alma ese atractivo, ese consuelo, esa alegría de amor que supera todas las alegrías del mundo y por la que una se siente atraída. Es una visita de Dios, pero es solo Dios quien todo lo hace.

El alma, pues, aunque imperfecta, al ver venir a nuestro Señor, que es la santidad misma, lo ve tan beatífico, tan bello, tanto amor, que no puede impedir preferirlo a todo. En su orgullo, se imagina que está haciendo grandes cosas, cuando es imposible hacerlo de otro modo. No creas que hace grandes cosas, que no tiene perfección ni virtud, está sobre todo muy satisfecha de sí misma. Si camina, es nuestro Señor quien la lleva, y, como dice el autor de la Imitación: *No es difícil actuar cuando somos llevados por la gracia.*

Nuestro Señor no puede dejar al alma con esta ilusión. No permitirá que llegue a su último día, dando gracias por todos sus méritos, cuando, al final, no tiene ninguno; creyendo tener mucha generosidad, mucho amor, y no teniendo nada. No, después de habernos llevado en sus brazos, el Señor se retira, para ver al alma dar sus pasitos, como dice San Francisco de Sales.

¿Qué ocurre entonces? El alma está desesperada, desanimada; cree que ya no hace nada por Dios. El amor propio que solía satisfacerla está contrariado; ya no ve ninguna de las virtudes que imaginaba tener. Cree que está perdida. Sin embargo, nada está perdido. Es el Señor quien actúa y quiere dirigirla a otro camino, un camino en el que practicará más generosidad al seguirle en el Calvario, porque el camino de la perfección no siempre es agradable. Esta es la historia de todas las almas, y no hay nadie aquí que no pueda aplicársela. A veces es seca y dura.

Esto en cuanto al orgullo. San Juan de la Cruz continúa y pasa a la avaricia. Hay una avaricia espiritual que se aferra a sus propios méritos, y no se alegra tanto de ver los méritos en los demás. Uno es tacaño con los consuelos, tacaño

con los bienes espirituales. No hablo de esa burda avaricia que nos apega a los bienes de este mundo, aunque los santos a veces sintieron la necesidad de desprenderse de una minucia, para ser todo de Dios.

Después está la lujuria, no por supuesto el vicio vulgar, sino ciertas búsquedas, ciertos placeres ante la admiración de las criaturas que deben ser expurgados.

Luego, la envidia, no la envidia basta, sino ciertas raíces de celos, una sensación de tristeza que se apodera de nuestro corazón, cuando vemos a otros por encima de nosotros o preferidos a nosotros, cuando vemos que avanzan más rápido que nosotros, que lo hacen mejor, que nos superan. No nos alegramos de ver a Dios mejor servido. No creemos que el progreso de estas almas no impide en absoluto nuestro propio avance, y que la compañía de almas perfectas puede sernos de gran ayuda.

¡La Gula! Hay una gula espiritual y una gula material que esconden sus raíces en nosotros. Más aún la ira. Es uno de los vicios más difíciles de eliminar. En ocasiones, es un enfado, una sublevación, una irritación, una molestia, en lugar de soportarlo todo con paciencia. Santiago dice: *Que la constancia acabe su obra, para que seáis hombres logrados y cabales sin deficiencia alguna* ⁴⁸, paciente para soportar todas las cargas, paciente con todos los caracteres.

La pereza también tiene sus raíces en nosotros, no en todos, pero están ahí.

Junto a esta imperfección general, que solo admite una admirable excepción en la Santísima Virgen, vemos que los santos han construido su perfección sobre el conocimiento de sus defectos. Vemos sus esfuerzos por despojarse de la raíz del pecado y practicar la humildad, despreciándose a sí mismos. Santa Juana de Chantal dice que los santos nunca desprecian a los demás, encontrando en sí mismos lo suficiente para despreciar.

Honremos a la Santísima Virgen, que está libre de toda mancha y, sin embargo, es la más humilde de todas las criaturas, y pidámosle que adquiramos la humildad a través de nuestra imperfección, como ella la adquirió a través de su perfección. No es precisamente en su pureza y otras virtudes en las que Dios ha basado todas las gracias con las que la ha colmado, sino especialmente en su humildad.

48. Santiago 1:4.

Para nosotras, hijas mías, intentemos que nuestra imperfección esté al servicio de nuestra humildad.

15 de diciembre de 1872

La Adoración

Queridas hijas,

Hoy quiero llamar vuestra atención sobre esta palabra que la Iglesia nos hace repetir cada día en el Oficio. Indica la disposición que debemos tener para preparar la llegada del Señor: *El Señor está cerca, venid, adorémosle. El Señor viene, venid, adorémosle.* Esta preparación es la base del culto a Dios, que es la adoración. Si todas las religiosas deben ser adoradoras, con mayor razón las religiosas de la Asunción, consagradas especialmente a la adoración del Santísimo Sacramento.

Pero, ¿qué significa ser adoradora? ¿Cuál es el espíritu de adoración que debe ser el fundamento de toda nuestra vida, impregnándola totalmente? Hay muchas cosas en las que me gustaría insistir; me detendré solo en algunos puntos principales.

La adoración consiste, en primer lugar, en la perfecta sumisión a Dios. La criatura, en efecto, debe ser sumisa a Dios: debe tener una gran idea de las perfecciones de Dios, entrar en esa sabiduría que el Señor enseñó a Santa Catalina de Siena, cuando le mostró el todo de Dios y la nada de la criatura. El alma adoradora está en una disposición admirable por esta comparación de su nada y el todo de Dios. Por eso la Iglesia nos hace decir: *Venid, aclamemos al Señor, postrémonos ante Él, porque es Él quien nos ha hecho. Él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo y la obra de sus manos*⁴⁹.

La adoración es un deber para con Dios. Reconocemos su dominio absoluto sobre todas las cosas. Le debemos todo, y no tenemos nada que no le pertenezca. Esta primera adoración es la adoración de derecho, pero todavía existe la adoración de amor.

No sólo somos criaturas de Dios; somos hijas, herederas de aquel que lo es todo, que tiene todas las perfecciones, de modo que el amor nos lleva a hacer en este mundo lo que los ancianos del Apocalipsis hacen en el cielo, postrándose ante el trono del Cordero, arrojando las coronas a sus pies y cantando sin cesar: *¡Amén, Aleluya!*⁵⁰ Una palabra de amor, de alegría, de aceptación, de adoración, de alabanza, de sumisión.

49. Sal 94:6-7.

50. Apocalipsis 19:4.

¿Qué es una corona? Todo lo que le ha sido dado por Dios a la criatura. ¿Podemos decir que las virtudes, la capacidad, la inteligencia, la sensibilidad son una corona? Sí, porque todo esto son regalos de Dios. Todo lo que Dios nos ha dado

en cuanto al corazón, al espíritu, a la memoria, a la inteligencia, a la naturaleza, a la gracia, en cuanto a las virtudes que nos ha conservado, todo esto es una corona.

Si no hemos caído en ciertos vicios, si hemos conservado nuestra inocencia, esto es un regalo de Dios, es una corona, y la más hermosa de todas las coronas. Si hemos guardado nuestra virginidad de alma y cuerpo, es porque Dios ha velado por nosotras desde nuestra infancia y nos ha rodeado de sus gracias. Pero la virginidad es un don de Dios.

Me refiero a la inocencia, pero podría decir lo mismo de las otras virtudes: la fe, la esperanza, la caridad, son dones de Dios. El hombre las acepta, es cierto; dispone su corazón para acogerlas, pero son dones de Dios. La pobreza, la castidad, la obediencia, la mansedumbre, las buenas inclinaciones son dones de Dios. Estos son grandes bienes que atraen hacia el alma el amor de Dios. Dios corona eternamente sus dones, siempre que los hayamos aceptado.

Lo vemos en el Evangelio del siervo bueno y fiel que utiliza los cinco talentos que le confió su señor ⁵¹. Los Padres de la Iglesia piensan que los cinco talentos son los cinco sentidos del cuerpo y el buen uso que se hace de ellos; pero donde hay un solo talento, el don es más rico, porque es la inteligencia unida al entendimiento de las cosas divinas, según la interpretación de San Gregorio.

Los cinco sentidos son, por tanto, regalos de Dios. La palabra, sobre todo para vosotras, hijas mías, que utilizáis para enseñar, para dar buenos consejos. Los ojos, con los que se mira amorosamente un crucifijo. Santa Teresa dice que Dios no dejará sin recompensa una mirada amorosa a un crucifijo. El tacto, que a menudo usáis para mortificaros. El gusto, el olfato y el oído son dones de Dios. Seréis recompensadas por ellos, siempre que los utilicéis según la voluntad de Dios y el mandato de Dios. La inteligencia de los Doctores brillará en el cielo con un resplandor especial, mientras que aquellos que, como Lutero, utilizaron su propia inteligencia para luchar contra la verdad, sufrirán una condena muy severa.

Por lo tanto, nuestra corona estará compuesta por dones naturales y dones sobrenaturales. La sumisión total consiste

51. Mt. 25, 14-30

en poner nuestra corona a los pies de Dios, en entregar todo lo que somos, y en primer lugar nuestro cuerpo, para que él lo use como quiera, cuando quiera. A algunas les quitará la

salud totalmente, pero es una gracia especial para ayudarles a llegar a una mayor santificación. A otras les quitará la vista, el oído o uno u otro sentido. Padeceremos enfermedades, sufrimientos y fatigas, y hay cansancios en el servicio de Dios. La sumisión total -dice Santa Magdalena de Pazzi- significa que estamos siempre dispuestos a morir, siempre dispuestos a seguir la voluntad de Dios en todo. Hasta aquí la sumisión en lo que se refiere al cuerpo.

La sumisión íntima del corazón es mucho más difícil. Reflexionamos: "Esta persona es más feliz que yo; tiene más éxito que yo. Es más admirada que yo", y una piensa, en despecho secreto, seguir siendo mediocre, al no lograr lo que quisiera en cuanto a la voluntad, al corazón, a la inteligencia. Todo esto impide tener una sumisión perfecta.

Cuando vistes a un niño, no te fijas en sí tiene un vestido largo o corto, bonito o feo; pero si este niño viene a echarse en tus brazos con amor, eso es lo que aprecias. Lo mismo ocurre con tu Padre celestial. Ya sea que te haya puesto un manto de oro o un delantal, no es eso lo que mira en ti. Vuestro mérito es ir y arrojaros en sus brazos, ofrecerle todo, no apropiarte nada, contentarte con todo: contentarte con la pobreza, incluso con la pobreza espiritual, pues nuestro Señor dice en el Evangelio: *Bienaventurados los pobres de espíritu* 52, lo que no significa estar falto de espíritu, sino estar despojado de todo, estar desprendido de todo en el espíritu.

También debemos conseguir una sumisión perfecta en las cosas espirituales, adorando a Dios, agradeciéndole todo lo que nos da. No importa lo que Dios nos dé, toda nuestra vida dedicada a dar gracias no sería suficiente. Siempre debemos asombrarnos de que nos haya hecho cristianas, de que nos haya dado la gracia del Bautismo, la gracia de los sacramentos: la Penitencia, la Confirmación y, sobre todo, de la Eucaristía. ¿Nos soporta? en su presencia, vivimos tan cerca de él. Deberíamos pasar nuestro tiempo agradeciendo a Dios, adorándolo.

En la adoración se encuentra el secreto de la verdadera humildad, pone a la criatura en su nada; y esta con alegría, con amor, con aceptación reconoce que Dios es todo y que nosotros no somos nada.

52. Mt 5:3.

Esto es lo que hizo decir a San Francisco de Sales: *No importa si soy pobre o rico, yo pongo toda mi alegría en mi Dios, todo mi amor en mi Dios, toda mi adoración en mi Dios.* Si hemos de hacer de esta disposición la obra de nuestra vida, es sobre todo a los pies del Santísimo Sacramento donde debemos llevarla, ya que este es el misterio de la adoración de un Dios; y sigue siendo una gran gracia la que Dios nos concede para acercarnos a nuestro Señor, para venir a rendirle nuestro homenaje.

En este tiempo de Adviento, la Iglesia nos muestra a Jesús como un niño en el más profundo anonadamiento, encerrado en el vientre de María, sin tener todavía el uso de sus sentidos, pero sí el de la razón, la plenitud de su inteligencia. En este estado, tan humillado, tan rebajado, Jesús da a Dios toda la gloria que la creación entera no puede darle. Le da más gloria que todos los santos, que todos los querubines, que la misma Virgen, porque es la profundidad de la adoración y el anonadamiento de un Dios hecho hombre.

El gran propósito de nuestro Señor al venir al mundo es formar *adoradores en espíritu y en verdad a su Padre*, como él mismo dijo a la samaritana ⁵³. Por eso la santa Iglesia nos hace repetir especialmente en este tiempo: *Venid, adoremos al Señor.* Y si Jesús habita en la Sagrada Hostia, es para seguir formando dentro de nosotras adoradoras a su Padre en espíritu y en verdad.

Tomando prestadas las palabras de un personaje santo, diremos: *¡Dejo de pensar en mí mismo! ¡Que todo ídolo desaparezca ante el rostro de mi Dios!* Los ídolos cayeron en Egipto a la llegada del Niño-Dios, desaparecieron de toda la tierra excepto en algunas zonas de la pobre África. Pero cuántos ídolos hay todavía dentro de nosotros que hay que derribar: ídolos de nuestras propias ideas, ídolos de las criaturas. Estos ídolos ocupan el lugar de Dios. Si todos estos ídolos desaparecieran, solo quedaríamos Dios y nosotros, una unión que produciría una adoración muy pura, una alegría muy grande, un amor muy ardiente; y esto es el cielo.

¿Qué haremos en el cielo? se pregunta la gente. Adorar a Dios les parece una ocupación muy aburrida. Les parece que estarán perdidos sin sus ídolos, como niños a los que se les quitan sus juguetes. Para ellos, la adoración es una palabra vacía: vivir sin sus ídolos no es vivir.

53. Jn 4:23.

Para nosotras, por el contrario, sabemos que el día en que, liberadas de todas las ataduras y obstáculos, podamos adorar a Dios en espíritu y en verdad, será una dicha perfecta.

22 de diciembre de 1872

El abandono

Queridas hijas,

La última vez os hablé de esa adoración a la que quería que os comprometierais, poniendo a Jesucristo ante vuestros ojos, ya que Él vino a la tierra para formar adoradores de su Padre *en espíritu y en verdad*, como Él mismo dijo a la mujer samaritana ⁵⁴. Él es el primero de los adoradores en espíritu y en verdad.

Hoy quiero insistir en el abandono, que es como la consecuencia de la adoración. Jesucristo se nos muestra en el pesebre. Allí está por encima de todo y sobre todo abandonado. Está totalmente a disposición de los hombres y de su Padre.

Entregado a la obediencia, no toma precauciones para sí. No quiere asegurar nada en la tierra. Descarta las reservas de bienes que los hombres buscan aquí. Jesús es pobre, es prudente en cuanto a la voluntad: es soberanamente obediente. Es pobre de medidas de fuerza. Nuestro Señor en el pesebre se presenta muy débil, lo coge quien quiere, dispone de él quien quiere. Nuestro Señor se entrega a la voluntad de su Padre de manera absoluta, se somete a todo, se abandona totalmente.

Sabéis, hijas mías, que este total abandono forma parte de la adoración. Con ella reconocemos los derechos soberanos que Dios tiene sobre nosotras; reconocemos que es infinitamente bueno, infinitamente sabio, que puede disponer de nosotras como le plazca, que no hay nada mejor para nosotras que abandonarnos a su divina voluntad.

Hay también un gran acto de amor en este abandono por el que nos entregamos enteramente a nuestro Padre celestial, pues es reconocer que la mayor desgracia para nosotras sería poner algún límite a la forma en que nos hemos entregado. En esto se han esforzado los santos durante toda su vida. Se entregan sin ninguna resistencia a la divina Providencia, para que esta los dirija como quiera, como hace con el pájaro del campo.

54. Jn 4:23.

Este es el sentido del voto de obediencia, del voto de pobreza, del voto de castidad, de esa vida en la que nos entregamos a todo lo que Dios ha querido y preparado para nosotras. Cuando entrasteis en la Vida religiosa, hermanas, no elegisteis las personas con las que ibais a vivir, encontrasteis todo preparado, y lo aceptasteis.

En esta situación hay cosas que os van y cosas que no os van. Encontráis cruces, contradicciones, empleos, personas que os gustan, otras que no. Si escucháis vuestra naturaleza, si mantenéis algo de vuestra propia naturaleza, de vuestra propia mente, no alcanzáis la verdadera meta de la vida religiosa.

Habéis entrado en la vida religiosa para abandonaros a Dios de una manera muy especial, para dejar que Dios trabaje en vosotras sin cesar, para dejar que Dios, que es infinitamente más sabio que vosotras, os guíe. Visteis la perfección de vuestra vocación en un aspecto, y Dios la vio en otro. Creísteis que actuabais y Dios os redujo a la nada. Esperabais elevaros a la contemplación, y Dios no os dio ninguna luz, ningún consuelo. Pensabais que erais devotas cuando estabais en el mundo. Pensasteis que podíais pasar fácilmente quince horas delante del Santísimo, y ahora encontráis en la vida religiosa trabajo, dolor, sequedad, incluso noche en la oración. Esto es en el interior. ¿Y en lo externo? Habíais pensado que teníais tal o cual facilidad, que ibais a conocer a tal o cual persona, y os encontráis con inclinaciones diferentes a las vuestras, caracteres que no os gustan.

No hay edad en la que no podáis sentir todo esto, no hay edad en la que la actuación de Dios no se presente totalmente diferente de las reglas de nuestra piedad. Por lo tanto, debemos esforzarnos constantemente en el abandono total respecto a todo lo que concierne al alma, a la salud y a la obediencia. Nuestro Señor Jesucristo se presenta ante nosotros sin ninguna voluntad, sin ninguna resistencia. Del mismo modo, el alma perfectamente obediente no opone ninguna resistencia a lo que se quiere de ella. Ya sea en Egipto, en Jerusalén o en el monasterio, se contenta con todo, porque solo busca una cosa: la voluntad de Dios.

Quería mostraros cómo, mediante la pobreza, la obediencia y la castidad, nuestro Señor se formó en este gran abandono. Por la fe reconocéis los derechos de Dios sobre vosotras. Juzgáis que lo que hace es lo mejor para vosotras; estimáis, por encima de todos los estados, aquel en el que os encontráis, porque os viene de Dios.

Creo que se dice del Beato Suzo que hubiera preferido ser un grano de arena por toda la eternidad por voluntad de Dios que un serafín por voluntad propia. Y cuando a otro santo se le compadeció por el estado en el que se encontraba, respondió: *"En el estado en que me encuentro, no puedo desear otro. Cuando miro a mi alrededor y se me ofrece la contemplación de una santa Teresa o el amor de un serafín, no querría otro estado que el que sea la voluntad de Dios para mí. Lo verdaderamente importante es practicar las virtudes que Dios me pide. Mi estado es el estado amado. Es el mejor, porque lo eligió la voluntad de Dios. Este acto es muy honroso para Dios. Por este mismo hecho, como os dije la última vez, se aman todos los fallos que hay en uno, se aceptan las imperfecciones, las luchas, las peleas, todo lo que falta en cuanto a la naturaleza, a la gracia, a la inteligencia; se quiere, también, a las personas con las que se vive.*

Cuando un relojero fabrica un reloj, no solo hace el muelle central, sino también todos los demás, para que se muevan con armonía. Sin embargo, podéis notar que no siempre son fáciles los movimientos de un reloj: hay puntos que se juntan para que funcione. Del mismo modo, Dios ha elegido a todas las personas con las que debemos convivir. Debemos recibirlas a todas de su mano, respetarlas, verlas a todas en perfecto abandono a la Providencia.

Entrad en los sentimientos de Madame Elizabeth y decid como ella:

¿Qué me ocurrirá hoy, Dios mío?

No lo sé.

Lo único que sé es que no me ocurrirá nada si no lo has previsto,

previsto y ordenado desde toda la eternidad.

Eso me es suficiente, oh Dios, eso me es suficiente.

Adoro tus planes eternos e inescrutables.

Me someto a ellos con todo mi corazón por tu amor.

Lo quiero todo, lo acepto todo,

Sacrifico todo.

Uno este sacrificio al de Jesucristo mi Salvador.

En su nombre te pido y por sus infinitos méritos,

paciencia en mis sufrimientos

y la perfecta sumisión que te corresponde

por todo lo que quieres o permites.

Que así sea para todo el dolor y el sufrimiento, ya sea que provenga de vuestra familia, de vuestra posición o de lo que os falta a vosotras o a vuestro entorno. Ved cómo esta entrega se convierte en un gran acto de fe, un acto supremo de fe en Dios que creó todas las cosas, en Dios que conduce todas las cosas, que sostiene todas las cosas, la brizna de

hierba como el mundo, y teniendo en todas partes un solo propósito: la santificación de sus elegidos.

Hay también en el abandono un gran acto de esperanza, una esperanza que se deposita solo en Dios. Esta es la verdadera forma de llegar a Él. Los maestros de la vida espiritual hablan de la necesidad de desprenderse de los medios que conducen a Dios, y de pasar por encima de todo para apegarse solo a él. ¿Qué es un confesor? ¿Qué es una maestra de novicias? ¿Qué es una superiora? - Estos son los medios. ¿Qué es la facilidad en la oración, qué son los consuelos en la oración, qué es un sentimiento vivo del amor de Dios? - Estos son los medios.

La sagrada comunión en sí misma, si podemos llamarla así, no deja de ser un medio: el Señor se entrega a nosotros para convertirse en la más poderosa ayuda. Como él es también nuestra meta, no tenemos que desprendernos de él; pero, en lo más o en lo menos que nos sea dado acercarnos a él, debemos buscarlo por encima de los consuelos, de las alegrías que nos da, y decir como la Beata Margarita María del Santísimo Sacramento: *Cuando no encuentro al Hijo de Dios en su sacramento, siempre puedo encontrarlo en la cruz.* Recordad, pues, hermanas, que nuestro Señor es vuestra meta, que debéis esforzaros por uniros a él, pero que debéis desprenderos de su dulzura.

Para todas las demás cosas debéis estar dispuestas a verlas cambiar, a ver a Dios trabajar en esta estatua que es tu alma mediante diferentes golpes de cincel. San Juan de la Cruz compara el alma con un mármol en el que cada uno, a su vez, golpea con un cincel. Nuestro Señor Jesucristo utiliza diferentes artistas para pulirnos. No es lo mismo el que retira las piezas grandes que el que da los toques finales. Es un gran bien para un alma, e incluso es necesario que no sean siempre las mismas manos las que trabajen en ella, para llegar a la perfección de la obra y completar la imagen de Jesucristo en ella.

Sabéis, hermanas, cómo el Señor terminó su obra en San Juan de la Cruz: algunos de su Orden se levantaron contra él, llegaron a meterlo en la cárcel, donde murió, después de haber sido despreciado y probado por la enfermedad. No fue en los coloquios con Santa Teresa, en el monasterio que había fundado y amado donde la obra de Jesucristo se completó en él, sino en la cárcel, despreciado, rechazado y condenado.

Ninguno de nosotros sabe cómo quiere Jesucristo completar su imagen en nuestras almas; pero debemos, por la fe, ir hacia ese fin, para adherirnos a su obra en nosotros. Esta es la condición de la entrega total, y en ella hay un gran acto de

esperanza, porque esperamos todo de Dios y no de las cosas de este mundo. Cuando queremos fundar alguna esperanza en una experiencia espiritual bien realizada o en virtudes bien preparadas, nuestro Señor se complace a menudo en invertir todos nuestros cálculos. Me ha sucedido que, en las cosas en las que creía ser más obediente, no lo era. Esto les ocurre a todos menos a los más santos.

Por lo tanto, debemos poner nuestra esperanza en la bondad de Dios y, para avanzar cada vez más, poner nuestra mano en la mano traspasada de nuestro Señor, pidiéndole que nos guíe, esperar todo de Él y, aunque nos lleve a la muerte, seguir esperando en Él.

Para nosotras, veamos nuestra gran miseria. Somos propensas a todo tipo de pecados, inclinadas al mal, incapaces de hacer nada por nosotras mismas. Confiemos, pues, solo en Dios con una esperanza que pasa por encima de todo, para descansar en una sola cosa: la grandísima fidelidad de nuestro Señor Jesucristo. Dios no sería Dios si no respondiera a la confianza de un alma que se ha abandonado totalmente a él.

¡Y el amor en la entrega! Brilla desde el principio hasta el final. No hay tal esperanza sin un amor muy grande. Significa decir a Dios: "Te quiero, aprecio lo que eres. Me regocijo en tus perfecciones, en tu poder. Pongo toda mi fe, toda mi confianza en ti, me despojo de todo lo que hay en mí o fuera de mí, para verte solo a ti, para esperar solo en ti, para quererte solo a ti, para confiar solo en ti.

"Este es un gran amor, hermanas, y lo que Santa Juana de Chantal llamaba la oración de entrega a Dios. Es el alma diciendo un sí perpetuo. Es el alma que se pone a los pies de nuestro Señor Jesucristo, que quiere todo lo que Él quiere, ama todo lo que Él ama, desea todo lo que Él desea. En esta oración hay poca luz, pocos razonamientos, pocas cosas distintas, poca alegría incluso, si no es la alegría de la unión; pero hay un alma que se pone incesantemente y sin cesar en las manos de Dios, que se abandona siempre, que dice siempre: "Sí".

Ve en el Evangelio: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos* 55, y se une más estrechamente al tronco. Otra palabra: *Sin mí no puedes hacer nada*. Ella lo sabe y espera todo de Dios. San Francisco de Sales dice que esta alma es un poco como San Juan en el banquete de la última Cena. Los otros comieron carnes variadas. Él, tomando el alimento mandado por la ley (el cordero pascual), se posó sobre el pecho de Jesús 56.

55. Jn. 15,5

Conocí a una persona que me dijo: "La ocupación de toda mi vida es eliminar los obstáculos entre mi alma y Dios, como entre dos cosas que quieren unirse". Si quisiera unir mis manos, supongo, no dejaría ningún obstáculo, ni siquiera una hoja de papel. Es lo mismo entre el alma y Dios: todo debe desaparecer, solo la fe, la esperanza y la caridad deben permanecer en el alma, y Dios al otro lado. Si digo que todo desaparece, comprendéis bien, hijas mías, que todo permanece por la caridad, ya que, por la caridad, nos hemos entregado al prójimo por Jesucristo.

Esta alma, así unida a Dios, está llena de amor que extrae del corazón de Jesucristo. En cuanto a ella, no conserva nada, ni las luces de su mente, ni las inclinaciones de su voluntad, ni los afectos de su corazón. Lo arroja todo en el seno de Dios, lo espera todo de Dios, lo da todo a Dios. Vive de la fe, la esperanza y la caridad. Este es el abandono perfecto, la verdadera oración de entrega donde Dios lo hace todo, donde el alma se adhiere constantemente a Dios.

Habiendo explicado esto lo mejor que puedo, me queda decir, hijas mías, que no es cuestión de un día. Parece fácil al principio; pero, para conseguirlo, hay que trabajar siempre, a través de pruebas, de consuelos, de dificultades.

Pedid al Niño Jesús esta entrega. Este es el último fin de la Regla, el último fin de la vida religiosa. A menudo he observado con admiración a nuestras hermanas enfermas, qué celoso es nuestro Señor de este último abandono, cómo, tomándolas en cierto modo cuando ya no hay una sola voluntad en ellas, muestra que las quiere adornadas con este abandono para hacerlas sus esposas.

Trabajad pues, hijas mías, esperadlo mucho sin creer que llegaréis inmediatamente a la cima de la montaña. Debéis poner los cimientos en vuestra alma a través de las pruebas, los sacrificios, las desolaciones, los acontecimientos de la vida.

Creed con una fe firme que es el viñador divino quien trabaja en su viña. Él mismo nos dice: "*Mi Padre hasta el presente sigue trabajando, y yo también trabajo.*"⁵⁷

¿Qué trabajo es este? No es, bien lo sabéis, producir vino, si no es el vino que hace brotar las vírgenes. Jesucristo trabaja sin cesar en las almas que le son queridas y a las que quiere hacer sus esposas.

Es necesario respetar esta obra, adorarla, esperar que a la larga le corresponderéis, no mezclar nunca con ella las cosas vulgares, los apegos humanos, los pecados, no involucrarse

56. Jn 13, 23.

57. Jn 5, 17

nunca en ninguna de estas cosas. No os ancléis en nada, hijas mías, no tengáis nunca una voluntad obstinada. La imperfección puede pasar al alma, pero nunca debe detenerse en ella.

Intenta seguir la gracia, unirte a la gracia, decir siempre: "Amén" a lo que la gracia te pide. Lo harás, no sin dificultad, pero los frutos serán tan grandes que durarán toda la eternidad. El amor para hacer lo que te cuesta. La humillación del amor. Amor al trabajo humilde. Ama las almas. Ama tu vocación por encima de todo, porque te llevará a la perfección, si eres fiel. Ama a Dios y todo lo que es de Dios. Amaos las unas a las otras con el ardiente deseo que todas lleguéis a esa perfección a la que os invita y para la que os ha llamado a la vida religiosa?